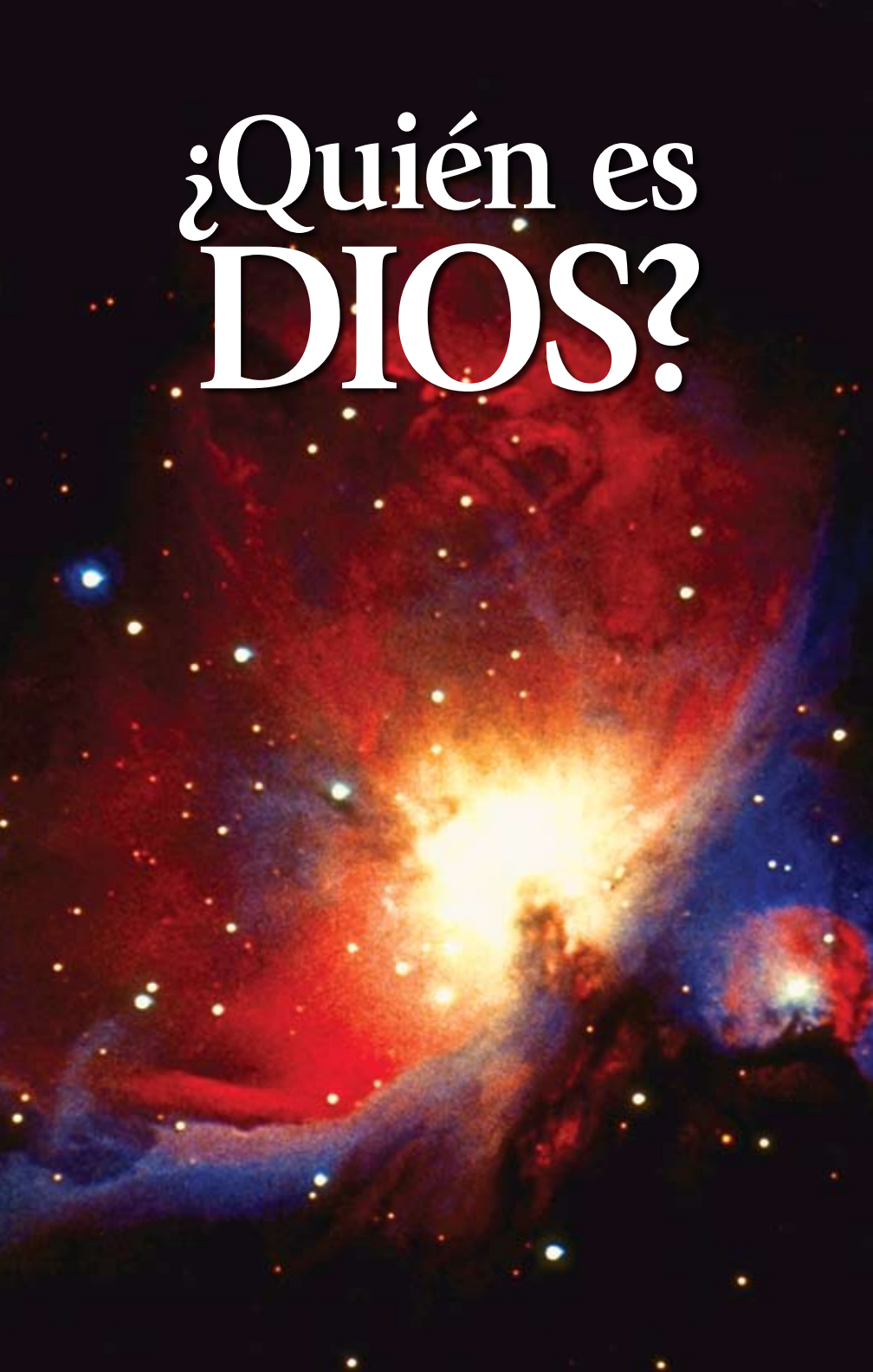


¿Quién es
DIOS?



¿Quién es DIOS?

*“Y esta es la vida eterna:
que te conozcan a ti,
el único Dios verdadero,
y a Jesucristo, a quien has enviado”.*
—Juan 17:3

©2011 Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*.
Todos los derechos reservados.

Este folleto no es para la venta.

Es una publicación de la Iglesia de Dios Unida,
una Asociación Internacional, que se distribuye gratuitamente.

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de
la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

El lector notará el uso del término *el Eterno* en lugar del nombre *Jehová* que aparece en algunas ediciones de la Biblia. La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del nombre hebreo YHVH, que en opinión de muchos eruditos está relacionado con el verbo *ser*. En algunas Biblias este nombre aparece traducido como *Yahveh*, *Yavé*, *SEÑOR*, etc.; en nuestras publicaciones lo hemos sustituido con la expresión *el Eterno*, por considerar que refleja más claramente el carácter imperecedero e inmutable del “Alto y Sublime,

Introducción

“Una de las preguntas fundamentales de la religión hebrea es: ‘¿Quién en verdad es Dios?’”—Helmer Ringgreen, Theological Dictionary of the Old Testament (“Diccionario teológico del Antiguo Testamento”)

La mayoría de las personas tienen sus propias opiniones acerca de un ser supremo. Pero ¿dónde o cómo se originan estas opiniones? Muchas son sencillamente razonamientos de cómo la gente intuye a Dios. Esto ha dado como resultado que el término *Dios* haya venido a abarcar una variedad de significados, muchos de los cuales son ajenos a la Biblia.

¿Cómo se revela el Creador al hombre?

El modo primordial es por medio de su palabra. La Biblia es un libro acerca de Dios y su relación con seres humanos. Las Escrituras contienen una larga historia de cómo Dios se ha revelado a sí mismo al hombre, desde Adán hasta Moisés y luego los apóstoles y la iglesia primitiva.

Contrario a lo que suponen muchas personas, la Biblia nos presenta un cuadro claro de lo que es Dios. Este asombroso libro nos revela cómo es él, lo que ha hecho y lo que espera de nosotros. Nos hace saber por qué existimos y revela su plan para su creación, que muy pocos parecen entender. Este libro, que de hecho es un manual de instrucciones básicas, es esencialmente diferente de cualquier otra fuente de información. Es un libro verdaderamente único porque lleva impresa, en muchos aspectos, la firma misma del Omnipotente.

En las Escrituras el Creador nos dice: “Yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo porvenir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá . . .” (Isaías 46:9-10). Dios claramente nos dice que es el único que no sólo puede predecir el futuro, sino también hacer que se cumpla. ¡Qué tremendo testimonio del gran Dios de la Biblia!

Pero aun siendo tan grandioso como es, Dios no es inalcanzable. Podemos acercarnos a él. Podemos llegar a conocer a este magnífico ser.

La escritora Karen Armstrong, en su libro *A History of God* (“Historia de Dios”), escribió: “A lo largo de la historia, hombres y mujeres han advertido una dimensión del espíritu que parece sobrepasar el mundo terrestre. En verdad, ser capaz de percibir conceptos que en ese sentido la trascienden, es una particularidad fascinante de la mente humana” (1992, p. xxi).

Lo que ella manifestó fue nuestro natural anhelo por conocer y entender cosas que van más allá de nuestros cinco sentidos. Queremos saber por qué estamos aquí, cuál es el propósito de nuestra existencia, y si hay alguna fuerza superior que obra en nuestras vidas y en el mundo que nos rodea.

Inspirada por el Espíritu Santo, la Biblia misma nos da la clave para que conozcamos a Dios: “Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, *aun lo profundo de Dios*” (1 Corintios 2:9-10).

Necesitamos saber, por medio de las inspiradas Escrituras, quién es Dios, cómo se nos revela y cómo se relaciona con nosotros. Necesitamos entender la naturaleza misma de nuestro Hacedor; conocer, como dijera en cierta ocasión Albert Einstein, “la mente de Dios”. En pocas palabras, ese es el propósito de este folleto. (Nuestras publicaciones gratuitas: *El supremo interrogante: ¿Existe Dios?* y *Creación o evolución: ¿Importa lo que creamos?* profundizan en el tema de la existencia de Dios.)

La humanidad nunca había necesitado tan urgentemente el verdadero conocimiento acerca de Dios. Alguien acertadamente describió nuestro mundo como un lugar “lleno de almas desorientadas: hombres y mujeres agotados, a la deriva, buscando desesperadamente una esperanza”. Nuestro Creador quiere que lo entendamos mucho mejor, de manera que podamos tener esperanza y confianza en la veracidad de las Sagradas Escrituras, en las que nos describe su plan y propósito para toda la humanidad.

Empecemos nuestro estudio repasando algunos pasajes que revelan la gloria y magnificencia de Dios. Esto nos permitirá tener la actitud y enfoque correctos para poder comprender la majestuosa naturaleza de nuestro Creador.

La grandeza del omnipotente Dios

“Así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad . . .”
(Isaías 57:15).

En este mundo impío y profano en que vivimos, muchas personas —incluso algunos que se consideran a sí mismos cristianos— parecen haber olvidado la divina majestad de Dios. Muchos se comportan con frivolidad e irreverencia, mostrando gran falta de respeto hacia nuestro Creador. Tal parece que su nombre se pronuncia más frecuentemente de manera profana que con respeto.

Pero ¿qué de los que han podido tener una vislumbre de la majestad de Dios? ¿Cómo han reaccionado ellos? En las Escrituras se nos muestra que su reacción casi siempre ha sido de *gran humildad*. Tanto los profetas y patriarcas del Antiguo Testamento como los apóstoles del Nuevo se sintieron totalmente insignificantes cuando tuvieron algún contacto con él.

Encuentros directos con Dios

Por ejemplo, Job pudo reconocer claramente su insignificancia cuando Dios le reveló algunos aspectos de la magnificencia de su creación (Job 38-41). De inmediato, el patriarca reaccionó con toda humildad: “Respondió Job al Eterno, y dijo: Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti . . . Por tanto, yo hablaba lo que no entendía . . . Oye, te ruego, y hablaré; te preguntaré, y tú me enseñarás. De oídas te había oído; *mas ahora mis ojos te ven*. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42:1-6).

En una visión Isaías vio a Dios sentado en su trono rodeado de ejércitos celestiales (Isaías 6:1-4). El profeta inmediatamente reaccionó diciendo: “¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en

medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, el Eterno de los ejércitos” (v. 5).

Cuando otro de los profetas vio “la semejanza de la gloria del Eterno”, se postró sobre su rostro (Ezequiel 1:28). Más adelante Daniel, cuando vio una gran visión celestial, se quedó completamente sin fuerzas y cayó en un profundo sueño (Daniel 10:8-9).

Recibir directamente la revelación de la majestuosidad del resplandor de Dios hizo que estos antiguos profetas y patriarcas se humillaran de inmediato. Esas experiencias cambiaron dramáticamente sus vidas.

En el Nuevo Testamento se nos revela al grandioso Dios del universo en la persona de Jesucristo. En aquellas impresionantes ocasiones en que sus discípulos pudieron tener una vislumbre del imponente poder de Dios revelado por medio de los milagros de Jesús, su reacción, lógicamente, era de profunda admiración al presenciar un mundo poderoso pero invisible muy diferente del nuestro.

En una ocasión Pedro y sus compañeros habían pasado toda la noche pescando, pero sin atrapar nada. Pero cuando Cristo le dijo a Pedro que echara las redes en otra parte, de inmediato atrapó tal número de peces que la red estaba a punto de romperse y las dos barcas en que iban empezaron a hundirse (Lucas 5:4-7). Pedro estaba tan impresionado que “cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador” (v. 8).

En otra ocasión Pedro, Jacobo y Juan vieron un breve avance de la vida eterna en el Reino de Dios. Dios les dio la maravillosa oportunidad de ver una visión de Cristo transfigurado en gloria con Moisés y Elías. Al oír una voz que provenía del cielo, “se postraron sobre sus rostros, y tuvieron gran temor” (Mateo 17:6).

Años después, cuando el apóstol Juan vio en visión a Cristo glorificado, cayó “como muerto a sus pies” (Apocalipsis 1:17).

El apóstol Pablo también escribió acerca de una experiencia en la que “fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar” (2 Corintios 12:4). Él también fue lleno de admiración.

Como Dios entiende muy bien la reacción natural en tales situaciones, siempre animó a sus siervos para que no tuvieran miedo. Todos estos hombres experimentaron una vislumbre de la gloria de Dios y quedaron admirados por su magnificencia.

¿Cómo vemos nosotros a Dios?

¿Apreciamos nosotros a Dios como estos hombres lo hicieron? ¿Nos percatamos, como Salomón, de que nosotros moramos en la tierra y Dios en el cielo (Eclesiastés 5:1-2) y que debemos rendirle el respeto apropiado pronunciando su nombre reverentemente, sabiendo que él conoce exactamente todo lo que hacemos y que al final tendremos que rendirle cuentas? (2 Corintios 5:9-10).

¿Tenemos la actitud del apóstol Pablo cuando describió a Jesucristo glorificado al joven evangelista Timoteo como el “único y bendito Soberano, Rey de reyes y Señor de Señores, al único inmortal, que vive en luz inaccesible, a quien nadie ha visto ni puede ver, a él sea el honor y el poder eternamente” (1 Timoteo 6:15-16, Nueva Versión Internacional).

Aquí Pablo se refiere directamente a Cristo como es ahora, en toda su gloria (vv. 14-15), pero esta misma descripción se aplica también a Dios el Padre.

La naturaleza personal de Dios

“Hasta cierto punto Dios era una figura de las sombras, definido más bien en abstracciones intelectuales que en imágenes”. —Karen Armstrong, A History of God (“Historia de Dios”)

¿Ha existido Dios siempre? Si no, entonces ¿quién lo creó? ¿Es Dios una sola persona, o dos o tres? ¿Qué fue lo que Jesús nos reveló acerca de la naturaleza de Dios al hacer constantes referencias a un ser a quien llamaba “el Padre”? Las respuestas a estas preguntas se harán patentes a medida que vayamos repasando algunos pasajes bíblicos.

El primer punto importante que debemos entender es que Dios se revela a sí mismo por medio de su palabra. El Creador quiere que todos los seres humanos lo conozcan como él se revela en las Sagradas Escrituras. Es de suma importancia que analicemos cuidadosamente esta verdad.

En el primer libro de la Biblia encontramos una cuestión fundamental en relación con su naturaleza. En Génesis 1 se registran muchos hechos de la creación de Dios antes de que creara al hombre. Pero nótese el versículo 26: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a *nuestra imagen*, conforme a *nuestra semejanza* . . .”.

En ninguno de los versículos anteriores de este capítulo Dios usó la expresión “Hagamos . . .”. ¿Por qué ahora se usa la forma *plural* en esta expresión? ¿Por qué fue que los traductores a lo largo de la historia entendieron que era necesario utilizar el plural en este versículo?

¿A quiénes se refiere este *hagamos* mencionado aquí, y por qué en esta misma oración se usa dos veces el plural *nuestra* también? En todo el primer capítulo del Génesis el vocablo hebreo traducido como “Dios” es *Elohim*, un

sustantivo *plural* que denota más de un ser. ¿Por qué nuestro Hacedor usó estas dos expresiones en plural? ¿Es Dios más de una persona? ¿Qué y quién es él? ¿Cómo podemos entender esto nosotros?

La Biblia se interpreta a sí misma

Uno de los principios fundamentales que debemos tener en cuenta con respecto a entender la palabra de Dios es sencillamente que *la Biblia se interpreta a sí misma*. Si algún pasaje no nos resulta muy claro, debemos buscar en otras partes de la Biblia a fin de que su significado se nos aclare. El Nuevo Testamento aclara muchas cosas del Antiguo, y viceversa.

Podemos entender mucho mejor Génesis 1:26 al leer algunas de las cosas que escribió el apóstol Juan. Hablando biográficamente de Jesucristo, dijo: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Juan 1:1-3).

Si usted está *con* alguien, entonces usted es *otra persona* aparte de ese alguien. En este pasaje Juan describe claramente *dos* personajes divinos.

En cierto sentido, podemos decir que Juan 1:1 es el verdadero comienzo de la Biblia. Nos habla de la naturaleza de Dios como Creador aun antes del principio que se menciona en Génesis 1:1. Como se explica en cierta obra de consulta: “El aporte distintivo de Juan es mostrar que el Verbo existía desde *antes* de la creación” (*The New Bible Commentary: Revised* [“Nuevo comentario bíblico: actualizado”], 1970, p. 930).

Nótese cuidadosamente el contexto de este decisivo capítulo. En el versículo 14 Juan claramente dice quién de hecho vino a ser ese Verbo: “Y aquel Verbo *fue hecho carne, y habitó entre nosotros* (y *vimos su gloria*, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”. El Verbo vino a ser Jesucristo cuando nació. Aunque plenamente humano, Cristo fue un reflejo perfecto del carácter divino de Dios.

El Verbo que es vida

Aquí, pues, se nos habla de *dos* seres eternos, que no fueron creados, ambos divinos, que dirigen la creación: Dios y el Verbo. Como lo explicó el fallecido teólogo inglés F.F. Bruce en un comentario sobre los primeros versículos del Evangelio de Juan: “El Verbo personal *no fue creado*, [y] no sólo goza de la compañía divina, sino que participa de la esencia divina” (*The Message of the New Testament* [“El mensaje del Nuevo Testamento”], 1972, p. 105). El Verbo fue y es Dios, tal como el Padre es Dios.

Luego, en su primera epístola, Juan nos ayuda a entender un poco más: “Lo que ha sido desde el principio, lo que *hemos oído*, lo que *hemos visto con*

nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado, lo que hemos tocado con las manos, esto les anunciamos con respecto al Verbo que es vida” (1 Juan 1:1, NVI). En este versículo el mismo “Verbo” (Jesucristo) del Evangelio de Juan es llamado “el Verbo que es vida”.

Es fácil pasar por alto la importancia de este decisivo versículo y no darse cuenta de su tremendo significado. Aquí se revela que el que vino a ser Jesucristo, de la misma categoría de existencia que Dios el Padre, nació como ser humano y fue percibido por los sentidos físicos de seres humanos, especialmente sus discípulos más cercanos, incluso el mismo que escribió estas palabras, Juan. Estos hombres llegaron a ser los apóstoles de Cristo, sus mensajeros, y fueron testigos especiales de su resurrección.

Juan escribió que el Verbo, que estaba con Dios desde el principio, vivió entre ellos en carne humana. Aunque nació como un ser físico, los discípulos de hecho vieron, tocaron, conversaron con y escucharon a aquel que era, como se verá cada vez con más claridad, un miembro de la *familia divina*.

Juan continúa: “Esta vida se manifestó. Nosotros la hemos visto y damos testimonio de ella, y les anunciamos a ustedes la *vida eterna* que estaba con el Padre, y que se nos ha manifestado” (v. 2, NVI). El “Verbo que es vida” en 1 Juan 1:1, en el versículo 2 es llamado “la vida eterna”.

En el versículo 3 Juan dice: “Les anunciamos lo que hemos visto y oído, para que también ustedes tengan comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo” (NVI). Como se revela en las Sagradas Escrituras, Dios el Padre y Jesucristo forman una *familia divina*.

Ambos tienen una relación familiar amorosa y especial. Dirigiéndose al Padre, Jesús dijo: “. . . me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Juan 17:24). Aquí no se estaba refiriendo al amor limitado de los humanos, sino al amor divino del reino celestial.

Cristo el Creador

El apóstol Juan no sólo escribió uno de los cuatro evangelios y tres de las epístolas que fueron preservados en el Nuevo Testamento, sino que también escribió el libro del Apocalipsis. Fue aquí, en su mensaje a las siete iglesias, que Cristo mismo se identificó claramente como el iniciador o fuente de toda la creación de Dios. “Escribe también al ángel de la iglesia de Laodicea: ‘Esto dice el Verdadero, el testigo fiel que dice la verdad, el origen de todo lo que Dios creó’” (Apocalipsis 3:14, Versión Popular).

Jesús no sólo murió por nuestros pecados para que pudiéramos ser reconciliados con el Padre, sino que también es *nuestro Creador*. En Colosenses 1:16 el apóstol Pablo, refiriéndose a nuestro Salvador, con toda claridad nos dice que “en él [Cristo] fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay

en la tierra, visibles e invisibles; sean troncos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado *por medio de él y para él*”.

Este versículo lo abarca todo. Jesús creó “todas las cosas . . . que hay en los cielos”, todo el reino angelical, que incluye una innumerable compañía de ángeles, y todo el universo, junto con el planeta Tierra. Mucha gente no se percata del claro hecho bíblico de que ¡Jesucristo es nuestro Creador!

En la Epístola a los Hebreos también se confirma esta maravillosa verdad. “Dios [el Padre], habiendo hablado . . . de muchas maneras . . . a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y *por quien asimismo hizo el universo*” (Hebreos 1:1-2). En el Nuevo Testamento se nos demuestra repetidamente que Dios el Padre creó todo *por medio* del Verbo, quien luego vino a ser Jesucristo. Así pues, ambos seres divinos participaron directamente en la creación.

El libro de Hebreos nos presenta a Cristo como el ser por medio de quien el Padre trajo a la existencia el tiempo y el espacio, “y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (v. 3). Las Escrituras, pues, nos muestran que Jesús no sólo *creó* el universo, sino que también lo *sostiene*.

Sometido al Padre

Con todo, estaba dispuesto a despojarse temporalmente de su estado y poder divinos, por nosotros. En Filipenses 2:5-8 el apóstol Pablo nos dice: “La actitud de ustedes debe ser como la de Cristo Jesús, quien, siendo por naturaleza Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a que aferrarse. Por el contrario, se rebajó voluntariamente, tomando la naturaleza de siervo y haciéndose semejante a los seres humanos. Y al manifestarse como hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz!” (NVI)

Después de morir por nuestros pecados y luego recobrar la vida eterna, Jesús “se sentó a la diestra de la Majestad [es decir, el Padre] en las alturas” (Hebreos 1:3). Después de haber experimentado directamente lo que es ser un hombre de carne y hueso, Cristo volvió al trono del Padre, su morada anterior en la eternidad.

Recordemos sus palabras sólo unas horas antes de su inminente muerte: “Y ahora, Padre, glorifícame en tu presencia con la gloria que tuve contigo *antes de que el mundo existiera*” (Juan 17:5, NVI). En este versículo podemos ver que Jesús habla de un tiempo anterior a lo que se registra en Génesis 1:1, cuando esos dos seres divinos estaban juntos antes de iniciar la creación.

En el capítulo 15 de 1 Corintios, acertadamente llamado el capítulo de la resurrección, leemos que en el Reino de Dios todos estarán sometidos a Cristo, exceptuando, desde luego, al Padre, “quien todo lo sometió a Cristo. Y cuando todo le sea sometido, entonces el Hijo mismo se someterá a aquel que le sometió todo, para que Dios [el Padre] sea todo en todos” (vv. 27-28, NVI).

Poco antes, en la misma epístola, Pablo confirma que “Dios es cabeza de Cristo” (1 Corintios 11:3, NVI). En ambos pasajes Pablo habla de dos seres divinos individuales, con Jesús sometido a Dios el Padre. De hecho, Cristo mismo dijo: “El Padre es más grande que yo” y “Mi Padre . . . es más grande que todos” (Juan 14:28; 10:29, NVI). Dios el Padre es definitivamente la Cabeza de la familia.

La familia de Dios

“. . . Doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra” (Efesios 3:14-15).

Casi una tercera parte del Nuevo Testamento se compone de citas de y claras alusiones al Antiguo. Estas referencias *no* fueron hechas al azar o por accidente. Cada una de ellas tiene significado para nosotros y hay una razón por la que están allí.

Algunas de las citas más sobresalientes y reveladoras que nos ayudan a entender a Dios se encuentran en la Epístola a los Hebreos y en los primeros capítulos del libro de los Hechos. En este último se nos muestra al apóstol Pedro citando pasajes de los Salmos para puntualizar el tremendo significado de la resurrección y el mesiazgo de Jesús. El autor de Hebreos hace lo mismo en los capítulos 1 y 2 de ese libro.

Estos pasajes clave en los Salmos encierran la clara confirmación del Padre con respecto a su Hijo, Jesús de Nazaret. En ellos encontramos que Dios el Padre habló por anticipado del asombroso cometido futuro del Verbo.

El autor de Hebreos cita el Salmo 2: “Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy, y otra vez: Yo seré a él Padre, y él me será a mí hijo?” (Hebreos 1:5; comparar Salmos 2:7 y 1 Crónicas 17:13). Este fue el destino profético del Verbo.

En Hebreos 1:8 se cita Salmos 45:6, donde vemos una vez más que el Padre atestigua acerca del Hijo: “Mas del Hijo dice: Tu trono, *oh Dios*, por el siglo del siglo; cetro de equidad es el cetro de tu reino”.

Muchos de los que han leído este capítulo de Hebreos no han captado la tremenda importancia del versículo 8. El Padre llamó a su Hijo, Jesucristo, *Dios*. Cristo no sólo es el Hijo de Dios; ¡él *es* Dios! Es un miembro de la *familia de Dios*. En las Escrituras se nos revela a Dios en una terminología de *relación familiar*. ¡La familia de Dios consiste en Dios el Padre y Jesús el Hijo!

En Juan 1:14 leemos que el Verbo, Jesucristo, “se hizo hombre, y habitó entre nosotros. Y hemos contemplado su gloria, la gloria que corresponde al Hijo unigénito del Padre . . .” (NVI). El vocablo griego *monogenees*, traducido por “unigénito” en este versículo y en el 18, confirma esa relación entre Dios el Padre y aquel que vino a ser Jesucristo.

El Dr. Spiros Zodhiates, autor de varios libros acerca del idioma griego utilizado en la Biblia, nos dice: “La palabra *monogenees* de hecho está compuesta de la palabra *monos*, ‘solo’, y la palabra *genos*, ‘raza, linaje, familia’. Aquí se nos dice que quien vino a revelar a Dios —Jesucristo— *es de la misma familia, del mismo linaje, de la misma raza de Dios . . .* En las Escrituras existen amplias pruebas de que la deidad *es una familia . . .*” (*Was Christ God? A Defense of the Deity of Christ* [“¿Era Cristo Dios?: Una defensa de la divinidad de Cristo”], 1998, p. 21).

La familia de Dios

Desde el principio, el Padre y Jesús planearon aumentar su género. ¡El género Dios es una familia! Esa familia por ahora consta sólo del Padre y del Hijo Jesucristo.

Estos dos seres siempre han existido y siempre existirán. Su plan y su deseo son aumentar su género, trayendo “muchos hijos a la gloria” (Hebreos 2:10). Así como toda forma de vida fue creada de manera que pudiera reproducirse según su especie, como se registra en Génesis 1, así también Dios creó al hombre según la especie de *Dios*. Este es el tremendo significado del versículo 26, donde Dios dice: “Hagamos al hombre *a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza*”.

Este es un proceso que se lleva a cabo en dos etapas. Primero, Dios hizo al hombre como un ser físico, del polvo de la tierra. Luego, por medio de la conversión y la fe en Cristo y obediencia a la ley espiritual del amor, hombres y mujeres vienen a ser una “nueva criatura” en el aspecto espiritual (2 Corintios 5:17; Efesios 4:24). Esto conducirá al nacimiento final de nuevos hijos dentro de la familia divina, quienes entonces

serán hechos “conformes a la imagen” de Cristo, el primogénito de Dios (Romanos 8:29; Gálatas 4:19; 1 Juan 3:2).

Ciertamente, así como los niños son de la misma especie que sus padres (es decir, seres *humanos*), así también los hijos de Dios serán de la misma especie que el Padre y Cristo (esto es, seres *divinos*). ¡Este es el asombroso potencial del hombre! La familia de Dios aumentará por medio de su maravilloso plan, que se nos revela en la Biblia.

Todos los hijos de esta familia, incluso Cristo, quien siempre ha estado con aquel a quien vino a dar a conocer como “el Padre” (Juan 1:18; Mateo 11:27), vivirán voluntariamente sometidos a la soberanía y liderazgo del Padre (1 Corintios 15:28). Guiados por el Padre y Cristo, los miembros de esa familia divina participarán de una gloriosa y justa eternidad futura.

Este es, pues, el sentido en que Dios es una familia; de hecho, una familia *creciente*, la cual por ahora se compone de dos seres divinos, el Padre y Cristo el primogénito, quienes finalmente estarán acompañados por una gran multitud de hijos. □

En el Antiguo Testamento se revelan dos seres

En este punto debemos recordar que el rey David de Israel también fue profeta (Hechos 2:30). Dios le dio un extraordinario entendimiento acerca de su naturaleza divina y de su dominio sobre toda la creación. En 2 Samuel 23:1 leemos que David fue “hombre exaltado por el Altísimo y ungido por el Dios de Jacob” (NVI).

Al leer el versículo 2 podemos ver que David fue un hombre inspirado por el Espíritu de Dios: “El Espíritu del Eterno ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua”. Nuestro Creador dio a conocer muchas verdades por medio de David y se encargó de que sus palabras fueran preservadas en las Sagradas Escrituras, primordialmente en muchos de los salmos, pero también en los libros de Samuel, Reyes y Crónicas.

En uno de sus salmos David escribió: “Así dijo el SEÑOR a mi Señor: ‘Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies’” (Salmos 110:1, NVI). Aquí en este significativo salmo el Padre está hablándole al Hijo en una visión profética: “Así dijo el SEÑOR a mi [el de David] Señor . . .”. Luego, cerca de mil años después, el apóstol Pedro confirmó la identidad de estos dos seres: “David no subió al cielo, y sin embargo declaró: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies” (Hechos 2:34-35, NVI).

Recordemos un principio importante para el entendimiento bíblico: *examinar el contexto*. En el versículo 36 se señalan estos dos seres: “Por tanto, sépalo bien todo Israel que a este Jesús, a quien ustedes crucificaron, Dios [el Padre] lo ha hecho Señor y Mesías” (NVI). ¡Cuán claro! Estos importantes pasajes, tanto Salmos 110 como Hechos 2, hablan proféticamente acerca de los dos miembros de la familia divina: el Padre y el Hijo.

Un reino gobernante

Otro libro del Antiguo Testamento que también confirma la existencia de dos seres divinos es el de Daniel. Este profeta, muy amado por Dios, nos da una vislumbre del ámbito celestial. Aunque Dios es espíritu (Juan 4:24), que por lo general no puede ser visto por el ojo humano (Colosenses 1:15), a Daniel le fue permitido ver a estos dos seres en su mente. Él, igual que el apóstol Juan siglos después, tuvo una visión de algunos sucesos en el medio espiritual.

En Daniel 7:9 leemos: “Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia”. Aquí el profeta nos hace una extraordinaria descripción del Padre. Más tarde Jesús mismo reveló que el Padre, si bien es un ser espiritual, tiene sin embargo forma y figura (Juan 5:37).

El profeta vio también grandes ejércitos celestiales que fielmente servían al Padre: “. . . millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él . . .” (Daniel 7:10). Los ángeles también son seres espirituales (Hebreos 1:7), pero también se les representa con forma y figura. Más adelante leeremos más acerca de la forma corpórea de seres espirituales.

Daniel continúa: “Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un *hijo de hombre*, que vino hasta el Anciano de días [Dios el Padre], y [los ángeles] le hicieron acercarse delante de él” (Daniel 7:13). En el Nuevo Testamento Jesús frecuentemente se llamó a sí mismo “el Hijo del Hombre”.

Lo mismo que en Hebreos 1:8, en el libro de Daniel Jesús es descrito como teniendo un reino: “Y le fue dado dominio [gobierno], gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran . . .” (Daniel 7:14). En la segunda parte de este versículo leemos que “su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido”. El principio de ese dominio o reino serán los mil años del reinado de Cristo y sus santos de que se nos habla en Apocalipsis 20:4-6.

El reinado justo de Cristo continuará más allá de sus primeros mil años, período llamado el Milenio. En Isaías 9:6-7 se nos revela que será para siempre. En realidad, el Reino de Dios simboliza un nivel de existencia al cual los seres humanos pueden ser llevados por medio de la transformación de seres físicos a seres espirituales (comparar Juan 3:3-8 con 1 Corintios 15:50-51). Por medio de esta transformación uno llega a ser un miembro glorificado de la familia de Dios. Por tanto, la *familia* de Dios es el *Reino* de Dios que regirá en esa época futura. (Se puede aprender más acerca de este tema leyendo nuestros folletos gratuitos *Transforme su vida: La verdadera conversión cristiana* y *El evangelio del Reino de Dios*.)

Cómo Dios es uno

“Oye, Israel: el Eterno nuestro Dios, el Eterno uno es” (Deuteronomio 6:4).

La Biblia deja muy claro que sólo hay un Dios. Jesús mismo citó las palabras de Moisés: “Oye, Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es” (Marcos 12:29; comparar con Deuteronomio 6:4). El apóstol Pablo nos dice que “no hay más que un Dios” (1 Corintios 8:4), y que “hay un solo Dios” (1 Timoteo 2:5).

En la Biblia se nos dice además que todos los que supuestamente son dioses, en realidad son ídolos, producto de las imaginaciones descaminadas del hombre. A lo largo de la historia el hombre ha creado muchos dioses falsos. Es precisamente con esto en mente que debemos analizar Deuteronomio 6:4: “el Eterno uno es”.

Mucha gente no entiende enteramente cómo se utilizan algunos números en la Biblia. Por eso existe gran confusión acerca de Dios.

¿Cómo debemos entender que Dios es uno? Al igual que el uso normal de los números, el concepto de perfecta unidad también se asocia con la voz hebrea traducida por “uno” en Deuteronomio 6:4.

Dos vienen a ser uno

Vayamos al primer libro de la Biblia. Allí podemos leer que después de que Adán y Eva fueron creados se instituyó la relación matrimonial: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán *una sola carne*” (Génesis 2:24). Una pareja viene a ser “una sola carne” al unirse en el acto sexual. Pero también existe otro importante significado metafórico. Aunque son dos seres separados y distintos, en este contexto, los dos vienen a ser uno.

Cerca de 4000 años después, Jesús repitió este concepto cuando dijo que “los dos serán una sola carne; así que *no son ya más dos*, sino uno. Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre” (Marcos 10:8-9). En el matrimonio los dos vienen a ser uno cuando se unen en el acto sexual. Sin embargo, continúan

siendo dos personas distintas, un hombre y una mujer, juntos en el matrimonio como una unidad familiar.

Desde luego, esta unidad no es completa o total. Pero en un aspecto físico esa unidad total se alcanza en el momento de la concepción. Como se dice en un libro científico: “La vida humana empieza en . . . una cooperación de la manera más íntima. Las dos células se fusionan completamente. Amalgaman su material genético. Dos seres muy diferentes vienen a ser uno. El acto de hacer un ser humano incluye . . . una cooperación tan perfecta que desaparecen las identidades separadas de los participantes” (Carl Sagan y Ann Druyan, *Shadows of Forgotten Ancestors* [“Sombras de antepasados olvidados”], 1992, p. 199).

Aun las sustancias separadas de ADN de dos personas diferentes se combinan en la concepción para formar un nuevo ser humano *único*, diferente de todas las demás personas.

¡Qué maravillosas son las cosas de Dios! Qué grandiosos son sus propósitos para la familia humana. Entender lo que son realmente el matrimonio y la familia nos ayuda a captar algunos aspectos del Reino de Dios.

Una iglesia pero muchos miembros

Al continuar con nuestro estudio del uso bíblico de los números, vemos que el apóstol Pablo escribió que “ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque *todos vosotros sois uno* en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28). Lo que Pablo dice aquí es que sólo hay una iglesia, pero compuesta de muchas personas que poseen una variedad de dones y talentos espirituales.

Más adelante, a los hermanos en Corinto les escribió: “Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo” (1 Corintios 12:4-6).

Pablo se esforzó por dejar claro este sencillo hecho. En el versículo 12 continuó: “Porque así como *el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo*”. Aquí, el apóstol compara a la iglesia con el cuerpo humano.

Luego, en el versículo 13 nos recuerda un principio acerca del cual ya había escrito en Gálatas 3:28 (esa epístola fue escrita antes que la primera a los corintios). “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un mismo cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”.

La iglesia es el cuerpo espiritual de Jesucristo (Efesios 1:22-23). A fin de que pudiéramos entenderlo claramente, en 1 Corintios 12:14, 20 Pablo continúa con la analogía del cuerpo humano, que igualmente tiene muchos miembros que desempeñan diferentes funciones, y nos repite que “el cuerpo [humano] no es

un solo miembro, sino muchos . . . Pero ahora *son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo*”.

Finalmente, Pablo reitera una vez más este punto fundamental: “Ahora bien, ustedes son el [único] cuerpo de Cristo, y cada uno [individualmente] es miembro de ese cuerpo” (v. 27, NVI). En ese sentido, la familia divina es semejante: un Dios y sólo un Dios; no obstante, dos glorificados miembros individuales de la familia que ahora forman ese único Dios, y en potencia muchos miembros más entre la humanidad (Romanos 8:29).

Dentro de otro contexto Pablo también escribió: “Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, *de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra*” (Efesios 3:14-15). Aunque sólo hay una familia, los miembros son muchos y son llamados “las primicias” (Santiago 1:18). Guiados por el Espíritu Santo, los verdaderos seguidores de Cristo son considerados ya como miembros de esa familia (Romanos 8:14; 1 Juan 3:1-2), aunque todavía no han sido glorificados con la inmortalidad en la resurrección a la vida eterna, lo cual se efectuará al retorno de Jesucristo (1 Tesalonicenses 4:16-17).

En 1 Corintios 15:50 Pablo nos dice que “la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios”. Tendremos que ser transformados en la resurrección (vv. 51-54; Filipenses 3:20-21). Dios llevará a cabo eso a su debido tiempo, siempre y cuando nosotros hayamos logrado vencer nuestra naturaleza humana y hayamos desarrollado un carácter justo y santo (Apocalipsis 2:26; 3:21; 21:7-8).

Una iglesia, un Dios

En la oración que Jesús elevó al Padre unas horas antes de su muerte, dijo: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan [los seguidores de Cristo] a ti, *el único Dios verdadero, y a Jesucristo*, a quien has enviado” (Juan 17:3). Sólo hay un Dios, y aunque Jesucristo es otra persona, distinta del Padre, es uno con el Padre, con quien está en perfecta unión.

Más adelante, continuando su conmovedora y singular oración, dijo: “Padre santo, a los que me has dado [todos sus seguidores], guárdalos en tu nombre, *para que sean uno, así como nosotros*” (v. 11). En una ocasión anterior Jesús mismo había dicho: “Yo y el Padre uno somos” (Juan 10:30).

Es imperativo que entendamos este importantísimo aspecto. La iglesia debe ser una tal como el Padre y Jesucristo son uno. ¡Esto es algo que sólo Dios puede lograr! Todos los miembros deben estar unidos uno con otro tal como Cristo y el Padre están en perfecta unión. Aunque en la realidad tenemos que reconocer que a lo largo de la historia de la iglesia eso habrá sucedido, si acaso, en muy raras ocasiones, Dios espera que nos esforcemos por lograr esa unidad espiritual.

Todos los miembros de la verdadera Iglesia de Dios deben estar unidos por el *Espíritu* de Dios (1 Corintios 12:13), *viviendo* por ese Espíritu. Cada persona

tiene la responsabilidad de buscar el grupo organizado que siga más fielmente el modelo de la iglesia primitiva que vemos en el Nuevo Testamento. (Para un mejor entendimiento sobre este asunto, puede solicitar nuestro folleto gratuito *La iglesia que edificó Jesucristo*.)

Vemos entonces que el Padre y Jesucristo son uno en el mismo sentido en que Jesús oró para que la iglesia fuera una: una en propósito, creencia, dirección, fe, espíritu y actitud; unificada por el Espíritu Santo.

'El Eterno nuestro Dios, el Eterno uno es'

Oye, Israel: El Eterno nuestro Dios, el Eterno uno es". Esta sencilla afirmación de Moisés en Deuteronomio 6:4 ha sido causa de gran consternación para mucha gente que trata de entender qué y quién es Dios.

Al leer aquí que Dios es uno, la mayoría de los judíos han rechazado por siglos la posibilidad de que Jesús de Nazaret haya podido ser el Hijo de Dios, en el mismo nivel divino del Padre.

Al leer el mismo versículo, los primeros teólogos católicos se esforzaron por establecer en la doctrina de la Trinidad un Dios que abarcaba al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como personas distintas y al mismo tiempo un solo Dios trino.

¿Cómo, pues, debemos entender este versículo?

Uno de los principios fundamentales para entender la Biblia es que debemos tener en cuenta todos los pasajes relacionados con determinado tema. Sólo entonces podremos llegar a un entendimiento cabal y correcto del asunto.

En otros pasajes claramente se nos menciona que dos seres separados, el Padre y Jesucristo el Hijo, ambos son Dios (Hebreos 1:8; Juan 1:1, 14). Por tanto, debemos analizar si tal versículo tiene que ver con el sentido de que, numéricamente, Dios es uno, o si trata de algo totalmente diferente.

El vocablo hebreo traducido como "uno" en Deuteronomio 6:4 es *echad*, cuyo significado abarca el número uno, pero también quiere decir "uno y el mismo", "juntos [unidos], como un hombre", "cada, todos", "uno tras otro" y "primero [en secuencia o importancia]" (Brown, Driver y Briggs, *A Hebrew and English Lexicon of the Old Testament* ["Diccionario hebreo-inglés del Antiguo Testamento"], 1951, p. 25). También puede significar "único", como se traduce en la Nueva Versión Internacional. Por medio del contexto puede encontrarse el significado exacto.

En el caso que nos ocupa, varias interpretaciones podrían ser gramaticalmente correctas y coherentes con otras declaraciones bíblicas.

En Deuteronomio 6:4 Moisés pudo sencillamente estar diciéndoles a los israelitas que el verdadero Dios, su Dios, debía ser el primero, lo más importante, en sus vidas. La incipiente nación acababa de salir de la esclavitud egipcia, cuya cultura estaba plagada de dioses falsos, y estaba a punto de llegar a una tierra cuyos habitantes estaban también hundidos en la adoración de muchos dioses y diosas de la fertilidad, la lluvia, la guerra, los viajes, etc. Dios, por medio de Moisés, seriamente les advirtió a los israelitas sobre los peligros que tendrían que enfrentar si se olvidaban de él por seguir a dioses falsos.

En el Evangelio de Juan se nos da un poco más de información sobre esta maravillosa verdad. En su oración al Padre, Jesús dijo: "Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad . . ." (Juan 17:20-23).

Esta interpretación, de que Dios debía ser lo más importante en la vida de los israelitas, se apoya fuertemente en el contexto. En el versículo siguiente leemos: "Y amarás al Eterno tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas".

Este pasaje es el meollo de varios capítulos que hablan acerca de las bendiciones que recibirían por seguir fielmente al Dios verdadero, y por rehuir las costumbres idólatras de los pueblos que habrían de expulsar de la Tierra Prometida. Jesús mismo se refirió a Deuteronomio 6:4-5 como "el primer mandamiento de todos" (Marcos 12:28-30; Mateo 22:36-38).

La traducción "único" también concuerda con este contexto. Es decir, los israelitas no debían tener ningún otro dios; debían adorar solamente al Dios verdadero.

Otro punto de vista sobre este pasaje se basa en la raíz del vocablo *echad*, la cual es *achad*. Esta palabra significa "unificar" o "ir en un sentido o en otro" (*Strong's Exhaustive Concordance of the Bible* ["Concordancia completa de la Biblia, de Strong"]). En otras palabras, *echad* también puede significar "en unidad" o "un grupo unido como uno".

En varios pasajes podemos ver claramente que *echad* significa más de una persona en unidad como un grupo. En Génesis 11:6 leemos que Dios dijo: "He aquí, el pueblo es uno [*echad*] . . .". En Génesis 2:24 leemos que dijo: "Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola [*echad*] carne".

Cuando leemos acerca de un grupo grande de personas que actúan como una, o de un

hombre y su esposa que vienen a ser una sola carne en su relación conyugal, entendemos que son varias personas. Desde luego no suponemos que tales personas, aunque unidas en espíritu e intención, físicamente se han amalgamado como un solo ser.

Dios el Padre y Jesucristo el Hijo tienen claramente una misma mentalidad y propósito. Refiriéndose a su misión, Jesús dijo: "Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra" y ". . . no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre" (Juan 4:34; 5:30).

Hablando de la relación entre ellos, Jesús dijo: "Yo y el Padre uno somos" (Juan 10:30). Cuando oró por sus seguidores, tanto los de ese tiempo como los que habrían de venir después, pidió que estuvieran unidos en mente y en propósito así como lo estaban él y el Padre. "Mas no ruego solamente por éstos [sus primeros discípulos], sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros . . ." (Juan 17:20-21).

Sin importar la traducción que aceptemos, ya sea "El Eterno nuestro Dios, el Eterno es primero", "El Señor, nuestro Dios, es solamente uno" (Nueva Biblia Española), o "El Eterno nuestro Dios, el Eterno uno es", ninguna limita a Dios a un solo ser. Y, a la luz de los pasajes que hemos visto, y otros, resulta claro que Dios es una pluralidad de seres, una pluralidad unificada. En otras palabras, Dios el Padre y Jesús el Hijo forman una familia perfectamente unida. □

Esta unidad espiritual, esta unidad entre los hermanos, sólo puede lograrse por medio del Espíritu de Dios obrando en todos los seguidores de Cristo verdaderamente convertidos. Su unificación por medio del Espíritu Santo debe reflejar la unidad perfecta, la de Dios el Padre y su Hijo Jesucristo.

Otro ejemplo de unidad

Cristo nos enseña que debemos vivir “de toda palabra de Dios” (Lucas 4:4). Antes de que fueran escritos los libros del Nuevo Testamento, las Escrituras hebreas, que se conocen como el Antiguo Testamento, eran la única “palabra de Dios” disponible. Ellas pueden ayudarnos a esclarecer y a entender el propósito espiritual del Nuevo Testamento. Debemos entender que *todos* los libros de la Biblia son la palabra de Dios revelada y todos contribuyen a nuestra comprensión (2 Timoteo 3:16).

En el libro de los Jueces se encuentra un pasaje que pocas veces se lee y que también nos aclara cómo uno puede significar unidad. “Todos los israelitas desde Dan hasta Beerseba, incluso los de la tierra de Galaad, salieron *como un solo hombre* y se reunieron ante el SEÑOR en Mizpa” (Jueces 20:1, NVI).

Por una vez, toda la nación de Israel se encontraba completamente unificada con el propósito de enfrentarse a un problema que aquejaba a toda la nación. La expresión “como un solo hombre” se usa para dar a entender que la nación se encontraba completamente unida en esa ocasión específica.

En los versículos 8 y 11 leemos que “todo el pueblo se levantó como un solo hombre . . . Así que todos los israelitas, como un solo hombre, unieron sus fuerzas para atacar la ciudad”. Desde luego, *individualmente* seguían siendo muchos, todos ellos ciudadanos de la misma nación. Aquí una vez más la Biblia misma arroja luz sobre el significado de unidad.

Cómo entender la unidad de Dios

En 1 Corintios 8:6 se nos dice que “sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él”. En la Biblia se nos habla claramente de dos personas separadas y distintas, ambas espíritu, pero unidas en creencia, dirección y propósito; miembros de la misma familia divina. En Juan 10:30 Jesús mismo dijo: “Yo y el Padre uno somos”.

Cuando entendemos lo que la Biblia enseña, podemos ver que sólo hay *un* Dios, así como sólo hay un género humano: una inmensa familia que descendió de Adán y ahora consta de unos seis mil millones de personas. Así también, la única familia divina —la familia de Dios— está abierta a un número ilimitado de miembros.

Cada familia humana es un microcosmos de esa única gran familia divina (ver Romanos 1:20). Si podemos entender este maravilloso principio bíblico,

nuestro tremendo potencial debe reflejarse en nuestros matrimonios, familias y vidas cotidianas. Debemos esforzarnos por reflejar el amor y la unidad que hay en la familia divina —Dios el Padre y su Hijo Jesús— en nuestra relación familiar.

¿Quién era Jesús?

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (Juan 1:1).

En el Nuevo Testamento, excluyendo la Epístola a los Hebreos, el Evangelio de Juan es el que quizá nos da la explicación más completa acerca de la divinidad de Jesucristo. Como ya lo leímos antes, en Juan 1:1-3, 14 claramente se expone que el Verbo estaba con el Padre hasta el momento en que se convirtió en *el Cristo* o “el Ungido”.

Como lo explica un estudioso de la Biblia: “El Nuevo Testamento establece que él [Jesucristo] existió antes de vivir en la tierra como un personaje histórico. Así se nos anima a inquirir no sólo: ‘¿Cuál era esa forma anterior de existencia suya?’ . . . sino también: ‘¿Qué es lo que se dice que él hizo en esa existencia previa?’” (F.F. Bruce, *Jesus Past, Present and Future: The Work of Christ* [“Jesús, su pasado, su presente y su futuro: La obra de Cristo”], 1979, pp. 11-12).

En otra obra de consulta se dice: “En el prólogo [el pasaje inicial del Evangelio de Juan] la preexistencia y divinidad de Cristo son expresadas de manera explícita. El *Logos* [el Verbo] no sólo estaba con Dios en el principio, sino que era Dios (1:1), y fue este *Logos* quien fue hecho carne y es identificado con Cristo” (*The New Bible Commentary: Revised* [“Nuevo comentario bíblico: actualizado”], p. 928).

En el Evangelio de Juan hay otros pasajes que nos revelan detalles muy significativos que nos ayudan a entender aún más este asunto. Notemos algo más que se nos dice en el primer capítulo: “El siguiente día vio Juan [el Bautista] a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque *era primero que yo*” (vv. 29-30).

Juan el Bautista nació antes que Jesús (Lucas 1:35-36, 57-60) y empezó su ministerio antes que Jesús empezara el suyo. Pero aun así Juan dijo: “*era prime-*

ro que yo”. ¿Por qué? Precisamente porque Jesús era el Verbo preexistente *antes* de su nacimiento humano (Juan 1:14).

Algunos diálogos con los fariseos

En respuesta a algunas de las acusaciones de los fariseos, Jesús les dijo: “Aunque yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo, ni a dónde voy” (Juan 8:14).

Años después, el apóstol Pablo expresó el mismo concepto: “Porque los habitantes de Jerusalén y sus gobernantes, no conociendo a Jesús, ni las palabras de los profetas que se leen todos los días de reposo, las cumplieron al condenarle” (Hechos 13:27).

Tal como ocurrió en ese tiempo, hoy en día sólo muy poca gente entiende realmente quién era Jesús, de dónde vino, qué es lo que está haciendo y qué es lo que aún hará. En la Biblia, este grupo pequeño pero especial es llamado las “primicias” o “manada pequeña” (Santiago 1:18; Lucas 12:32).

Luego, en esta larga discusión los fariseos le preguntaron a Jesús: “¿Quién te haces a ti mismo?” (Juan 8:53). Sencillamente no se daban cuenta de la verdadera identidad de aquel con quien estaban hablando. Lo mismo sucede hoy. Muy poca gente entiende realmente los verdaderos orígenes de Jesucristo.

Jesús pacientemente les explicó: “Abraham vuestro Padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó” (v. 56). Pero ¿cómo fue posible esto? El patriarca Abraham había vivido cerca de dos mil años antes de que naciera Jesús. “Entonces le dijeron los judíos: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? Jesús les dijo: “De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, *yo soy*” (vv. 57-58).

Aquí debemos hacer una breve pausa para meditar sobre lo que dijo Jesús.

Podemos saber que el Verbo (Juan 1:1) se relacionó personalmente con Abraham en su tiempo porque Cristo es reconocido como el “Yo Soy” de la Biblia. Jesús dijo: “Abraham vuestro Padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó” (Juan 8:56). Recordemos que Cristo existió con el Padre desde antes que todo lo demás —visible e invisible— fuera creado (Colosenses 1:16). Ni él ni el Padre tuvieron un principio porque tienen vida inherente en sí mismos (Juan 5:26).

Ese mismo Verbo era el ser que siglos después del tiempo de Abraham habló con Moisés en el desierto del Sinaí y le dijo: “Yo soy el Eterno. Y aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Omnipotente, mas en mi nombre el Eterno [en hebreo *YHVH*, o más conocido *Yahveh*] no me di a conocer a ellos” (Éxodo 6:2-3).

Debemos tener en cuenta también que algunas veces la palabra “Jehová” o “SEÑOR” en la Biblia se refiere más bien al Padre que al Verbo. El contexto nos ayuda a entender a quién de ellos se está refiriendo.

Jesús mismo les explicó esto a los atónitos fariseos: “Y estando juntos los fariseos, Jesús les preguntó, diciendo: ¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: De David. Él les dijo: ¿Pues cómo David en el Espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo? Y nadie le podía responder palabra; ni osó alguno desde aquel día preguntarle más” (Mateo 22:41-46).

Un trascendental encuentro con Moisés

Anteriormente, Moisés le había dicho a Dios: “He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé?” (Éxodo 3:13). Aquí nuevamente debemos hacer una pausa y reflexionar. La respuesta de Dios es tremendamente importante. El pasaje a continuación es uno de los más importantes en la Biblia. Revela la identidad del “Yo Soy” en Juan 8:58.

El Creador le contestó a Moisés: “YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros” (Éxodo 3:14).

YHVH o Yahveh (traducido como SEÑOR o Jehová en diferentes versiones del Antiguo Testamento) comunica el mismo sentido. Implica una existencia inhere y eterna (cotejar con Juan 5:26). Nadie lo creó. Debemos entender que en

Jesús fue enviado por el Padre

El Verbo preexistente, quien luego vino a ser Cristo, fue enviado a la tierra por el Padre celestial. En el Evangelio de Juan se menciona muchas veces esta verdad. “Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvarlo por medio de él” (Juan 3:17; todas las citas en este recuadro son de la Nueva Versión Internacional). En el versículo 34 agrega: “El enviado de Dios comunica el mensaje divino, pues Dios mismo le da su Espíritu sin restricción”.

El propio Jesús dijo: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y terminar su obra” (Juan 4:34; ver también Juan 5:30).

Pero ¿de dónde vino Jesús? En esto, Juan también es muy claro. “Nadie ha subido jamás al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre” (Juan 3:13). Un poco más adelante leemos otra declaración de Jesús: “Porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad sino la del que me envió” (Juan 6:38).

En otra ocasión, a los dirigentes judíos les dijo: “Ustedes son de aquí abajo . . . yo soy de allá arriba. Ustedes son de este mundo, yo no soy de este mundo” (Juan 8:23). Él fue enviado por el Padre y volvió a él, donde ahora se encuentra en gloria y majestad (Hebreos 8:1; 12:2). □

las Escrituras Dios tiene muchos nombres, cada uno de los cuales nos dice algo acerca de su carácter y su naturaleza, maravillosos y divinos.

Continuando con el relato en Éxodo 3:14-15, leemos: “Así dirás a los hijos de Israel: Yo soy me envió a vosotros . . . Este es mi nombre para siempre; con él se me recordará por todos los siglos”.

Vemos una vez más que Cristo es el “Yo Soy” de la Biblia. Él era la Roca que estaba con los hijos de Israel en el desierto y los guiaba (Deuteronomio 32:4). El apóstol Pablo escribió: “Porque no quiero hermanos, que ignoréis que nuestros padres todos estuvieron bajo la nube, y todos pasaron el mar; y todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar, y todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo” (1 Corintios 10:1-4).

El “Yo Soy” del Antiguo Testamento es señalado también como “grande en misericordia y verdad” (Éxodo 34:6). Igualmente, en el Nuevo Testamento se nos dice que Jesús estaba “lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14). En Hebreos 13:8 leemos que “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”.

¿Fue Jesús el Dios del Antiguo Testamento?

A excepción de Jesucristo, ningún ser humano ha oído jamás directamente la voz de Dios ni ha visto su forma (Juan 1:18; 5:37; 6:46; 1 Juan 4:12). Así que *YHVH*, el “Yo Soy”, el Verbo, quien luego vino a ser Jesucristo, era el que trató directamente con los seres humanos en tiempos del Antiguo Testamento. Luego, Cristo murió por nosotros y vino a ser el máximo mediador entre Dios y los hombres (1 Timoteo 2:5), una función que ya había cumplido parcialmente como el Verbo preexistente antes de su nacimiento humano.

Así que de hecho el Verbo era el Dios del Antiguo Testamento, pero el Padre también ejerció esta función de manera muy real. Cristo trataba con los hombres como el representante del Padre, como su vocero (comparar Juan 8:28; 12:49-50). Es más, en algunos pasajes del Antiguo Testamento puede resultar difícil saber exactamente de cuál de estos dos grandes personajes se está hablando, mientras que en el Nuevo por lo general la diferencia es clara.

Desde luego, ya que Jesús vino a revelar al Padre (Mateo 11:27), la conclusión lógica es que en el Antiguo Testamento sólo unos pocos de los patriarcas y profetas hebreos conocían al Padre. Uno de ellos, por ejemplo, era el rey David (Hechos 2:30).

En Hebreos 1:1-2, que ya antes citamos en parte, leemos que “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el [o por ‘un’] Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo”.

En este pasaje inicial del libro de Hebreos hay una clara indicación de que el Padre es el poder influyente detrás de todo el Antiguo Testamento. Dentro del contexto, el segundo versículo explica el primero. Aunque Dios el Padre es la principal fuerza motriz de las Escrituras hebreas, el Antiguo Testamento, fue por medio de Jesucristo que él creó todo el universo.

El principio fundamental de que la Biblia se interpreta a sí misma también nos ayuda a entender el propósito de Hebreos 1:1 a la luz de otros versículos. En vista de que Dios creó el universo y todas las cosas por medio de Cristo (Efesios 3:9; Colosenses 1:16; Juan 1:3), podemos decir que trató con el hombre por medio del Verbo preexistente, Cristo.

El significado de *Elohim*

Volvemos ahora a la realidad bíblica de que Dios decidió manifestar su identidad personal en función de una relación familiar. *Elohim* es el vocablo hebreo para Dios que se usa en Génesis 1 y más de 2600 veces en todo el Antiguo Testamento.

Elohim es un sustantivo plural que por lo general se usa en forma singular—es decir, aparece con verbos en singular— cuando se refiere al Dios verdadero. De igual forma, en el idioma español ese mismo tipo de pluralidad o colectividad la expresan los sustantivos *equipo, familia, conjunto*, etc. Para dar un ejemplo, pensemos en un equipo de fútbol. Se dice que “el equipo X jugará el próximo domingo contra . . .”; no se dice “el equipo X jugarán contra . . .”. Aunque individualmente son varios jugadores (plural), colectivamente son sólo un (singular) equipo.

De hecho, *Elohim* es el plural de otro vocablo hebreo que es *Eloah*, el cual quiere decir “Poderoso”. Por tanto, *Elohim* significa “los Poderosos”, y ciertamente hay dos Poderosos: el Padre y el Verbo. Pero, conjuntamente, como *Elohim*, los dos son considerados como un Dios. *Elohim* dijo: “*Hagamos* al hombre a nuestra imagen, conforme a *nuestra* semejanza” (Génesis 1:26).

Debemos tener en cuenta que, siendo *Elohim* el nombre de la familia de Dios, cada miembro de la familia puede ser llamado por este nombre. (Algunos escritores bíblicos también usan la palabra *elohim* para referirse a dioses falsos. Así que un aspecto muy importante para entender el significado de este vocablo hebreo es definir cuál es la intención del contexto.)

Cuando Adán y Eva tomaron la fatídica decisión de desobedecer a su Creador al comer del fruto prohibido, Dios dijo: “He aquí, el hombre es como *uno de nosotros*, sabiendo el bien y el mal” (Génesis 3:22). Y como podemos ver en los versículos 22-24, Dios les impidió que comieran del árbol de la vida.

La palabra hebrea que aquí se traduce como “sabiendo” por lo general quiere decir aprender o darse cuenta de algo por medio de una experiencia propia. Para Adán y Eva no fue suficiente aceptar simplemente la orden de Dios de no comer

del árbol de la ciencia del bien y del mal. Más bien decidieron ponerse en el lugar de Dios y decidir por sí mismos lo que era bueno y lo que era malo. El salmista menciona que los impíos dudan del conocimiento de Dios: “Y dicen: ¿Cómo sabe Dios? ¿Y hay conocimiento en el Altísimo?” (Salmos 73:11).

Es necesario tener en cuenta que la expresión “uno de nosotros” nos muestra claramente que el “nosotros” está formado por *más de uno*. De hecho, el propósito de nuestro Creador ha sido desde un principio que el hombre llegue a ser “como uno de nosotros”, pero eso tiene que ser conforme al plan y tiempo de *Dios*. Ese plan incluye que nosotros nos sometamos voluntariamente a vivir de toda palabra que sale de la boca de Dios (Mateo 4:4).

Sólo nuestro Creador tiene la sabiduría y el derecho de precisar qué es bueno y qué es malo para nosotros. Él sabe qué es lo que más nos conviene y no fue su propósito que aprendiéramos acerca del mal por experiencia propia. En Salmos 19:7-8 nos dice: “La ley del Eterno es perfecta, que convierte el alma; el testimonio del Eterno es fiel, que hace sabio al sencillo. Los mandamientos del Eterno son rectos, que alegran el corazón; el precepto del Eterno es puro, que alumbró los ojos”. Él quiere que confiemos en él y en su criterio.

Satanás engañó a Eva para que procurara obtener el conocimiento divino por un atajo, y Adán decidió seguirla en el error. Unos 4000 años después Satanás le presentó el mismo atajo a Jesús, pero él rechazó firmemente la tentación (Mateo 4:8-10). No existen atajos para llegar a algo tan hermoso como será formar parte del reinado eterno de Dios. Más bien, “es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hechos 14:22).

La unidad divina en la solución de problemas

Más adelante en la historia de la humanidad podemos ver una vez más la directa intervención del Padre, en este caso en la torre de Babel, al leer una expresión muy similar a la que vimos anteriormente: “Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero” (Génesis 11:7). Esta fue una decisión compartida.

Notemos el contexto. ¿Qué fue lo que originó esta drástica medida? “Y dijo el Eterno [YHVH, el “Yo Soy”]: He aquí el pueblo es uno [unido con el propósito de hacer algo malo], y todos éstos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer” (v. 6).

Las increíbles habilidades que poseemos para planear e idear forman parte de lo que significa estar hechos a imagen de Dios. Y la lamentable situación en que se encuentra nuestro mundo es una clara prueba del mal uso que la humanidad en general les ha dado a esas capacidades. Como seguidores de Cristo debemos desarrollar una imaginación activa que es *moral*, permitiendo que las leyes de nuestro Creador gobiernen esas maravillosas habilidades que él mismo nos dio.

Aquí en Génesis 11 podemos darnos cuenta de que el Eterno (*YHVH*) examinó la situación crítica en Babel y consideró el tremendo potencial, casi ilimitado, de la humanidad. Pero fueron los *Elohim* (el Padre y el Verbo juntos) quienes decidieron dispersar a toda esa gente por medio de la repentina creación de muchos idiomas.

De no haber sido así, es posible que los tremendos adelantos científicos y tecnológicos de la actualidad hubieran sido logrados desde hace mucho tiempo, mucho antes del tiempo y propósito que Dios ha fijado para el hombre. La gran barrera que significaba la variedad de idiomas fue superada sólo en el siglo pasado. Hoy en día, por medio del gran conocimiento que existe del ADN y la genética, los científicos parecen estar a punto de descubrir los secretos de la vida misma.

El intercambio divino

Aquí *YHVH* (el Verbo, quien luego vino a ser Jesucristo) examinó el estado de las cosas, pero de hecho intervino *Elohim*. Esta misma clase de interacción divina ocurrió anteriormente, poco antes del gran diluvio. *YHVH* (el Eterno) vio que “la maldad de los hombres era mucha en la tierra” y decidió destruir la humanidad que había creado, pero tomó nota del justo Noé (Génesis 6:5-9). En los versículos 11-13 se repite mucho de este relato, pero en esta ocasión fue *Elohim* quien con-

¿Era judío Jesús?

Lo mismo que todos los seres humanos, Jesucristo nació en un lugar y un momento específicos en la historia. Aunque Dios fue su Padre, quien lo engendró por medio del Espíritu Santo, su madre era una mujer judía de nombre María. El esposo de ella, José, era el padre legal o tutor de Jesús. Según el linaje de María, Cristo, como humano, descendía de la tribu de Judá y del rey David (Lucas 3:31, 33; comparar Hechos 2:29-30; 2 Timoteo 2:8).

El testimonio bíblico es claro. En Hebreos 7:14 se nos dice: “Porque manifiesto es que nuestro Señor vino de la tribu de Judá . . .”. En Juan 1:11 el apóstol escribió que Jesús “a lo suyo vino, y los suyos [los judíos] no lo recibieron”. Es obvio que tanto la mujer samaritana como el gobernador romano Poncio Pilato se dieron cuenta de que Jesús era judío (Juan 4:9; 18:35).

En Génesis 49:10 leemos que “no será quitado el cetro de Judá”. El cetro representa la promesa del reinado y la salvación. Jesús, el Rey de los judíos, es el Mesías. Cristo (el vocablo griego que significa “Mesías”) es el cumplimiento final del príncipe mencionado proféticamente en 1 Crónicas 5:2: “Bien que Judá llegó a ser el mayor sobre sus hermanos, y el príncipe de ellos . . .”.

En el último libro de la Biblia se hace referencia a Jesús como “el León de la tribu de Judá” (Apocalipsis 5:5). Por lo que toca al aspecto humano de Jesús, David es mencionado como su padre, o ancestro, en Lucas 1:32; por lo tanto, él sí era judío.

A fin de cuentas, lo que realmente importa es que Jesús es el Salvador de toda la humanidad, ya que murió por todos los seres humanos sin importar cuál sea su raza o grupo étnico (Juan 3:15-17). □

firmó la decisión que previamente había tomado *YHVH*, teniendo en cuenta la moralidad del patriarca Noé, que permitió que la humanidad pudiera sobrevivir.

Los dos seres divinos eran y son de un mismo propósito y toman decisiones para resolver problemas en una unidad perfecta y divina. Pero es el Eterno (*YHVH*, el “Yo Soy”) quien a veces, pero no siempre, inicia los hechos por medio de una declaración divina. En la traducción a otros idiomas se pierde la profundidad de este maravilloso intercambio.

Así, pues, en este sentido, el Padre también era en gran parte el Dios del Antiguo Testamento. Pero obró continuamente por medio de la intervención directa del Verbo preexistente.

Jesús: Dios y hombre al mismo tiempo

Jesucristo ahora es el “mediador entre Dios y los hombres” (1 Timoteo 2:5). Pero para poder cumplir con esa importantísima responsabilidad tenía que haber sido tanto Dios como hombre. Él ciertamente fue un hombre en toda la acepción de la palabra, o sencillamente nuestros pecados no son perdonados y no tenemos salvación. El apóstol Pablo lo llama “Jesucristo hombre” (mismo versículo) y el apóstol Pedro habló de él como “varón aprobado por Dios” (Hechos 2:22).

En un pasaje citado anteriormente, Pablo nos exhorta a que tengamos una actitud como la de Jesucristo, “el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que *se despojó a sí mismo*, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:6-8).

La condición humana de Jesús era total y completa en el sentido de que vivió la vida de un ser humano físico que terminó con la muerte. Sentía hambre y comía, se cansaba y descansaba, y caminaba y hablaba tal como lo hace cualquier ser humano. En su aspecto físico no había nada que lo hiciera diferente de los judíos de su tiempo (Isaías 53:2).

La diferencia básica estaba en el aspecto espiritual. Jesús constantemente recibía del Padre la ayuda espiritual que necesitaba (Juan 5:30; 14:10). De hecho, tenía el Espíritu de Dios desde antes de nacer, siendo engendrado en el vientre de María por medio del Espíritu Santo. Aunque fue tentado como cualquiera de nosotros, Jesús *nunca* quebrantó la ley de Dios; jamás pecó (Hebreos 4:15; 1 Pedro 2:22).

Una de las más siniestras herejías en los casi dos mil años de la cristiandad es la de que Jesucristo *no* era realmente hombre, que *no* fue tentado realmente para que pecara. El apóstol Juan condenó duramente esta falsa enseñanza (1 Juan 4:3; 2 Juan 7).

Esta herejía, que comenzó en el primer siglo, aún persiste en el tiempo presente, apartando a mucha gente de la verdad de Dios. Tenemos que entender

que si Jesús no hubiera sido realmente un ser humano, entonces su sacrificio por nuestros pecados habría sido inútil y de nada nos hubiera servido.

El Hijo del Hombre y el Hijo de Dios

En el Nuevo Testamento Jesús es mencionado como el “Hijo del Hombre” más de 80 veces. Fue el término que usó más frecuentemente para referirse a sí mismo.

¿Quién fue Melquisedec?

Ya hemos visto que “hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2:5). Su sacrificio voluntario por nuestros pecados le dio el derecho de desempeñar este importantísimo papel. Sin embargo, el Verbo también prefiguró este sagrado puesto en el tiempo de Abraham.

Lo hizo en la persona de Melquisedec, sacerdote del Dios Altísimo. En el libro de Génesis se menciona muy brevemente este misterioso personaje. Pero en el libro de los Salmos, y particularmente en el de Hebreos, no se pasa por alto su profundo significado.

Para poder entender la identidad de Melquisedec necesitamos nuevamente dejar que la Biblia se interprete a sí misma. Nuestro entendimiento de este asunto aumenta grandemente cuando se unen estos tres relatos y los analizamos como un todo.

Primero veamos el relato en Génesis. Después de rescatar a su sobrino Lot de los reyes que lo habían llevado cautivo, Abraham habló con Melquisedec. “Entonces Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo, sacó pan y vino; y le bendijo, diciendo: Bendito sea Abraham del Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra; y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó tus enemigos en tu mano. Y le dio Abraham los diezmos de todo” (Génesis 14:18-20).

Resulta interesante observar que Melquisedec le brindó pan y vino a Abraham, los

cuales siglos más tarde Jesucristo estableció como símbolos de su cuerpo y de su sangre ofrendados en su sacrificio como el cordero pascual. También Melquisedec hizo referencia a Dios como al “Creador de los cielos y de la tierra”. Casi dos mil años después, Jesús se refirió al Padre como “Señor del cielo y de la tierra” (Mateo 11:25; Lucas 10:21).

El Salmo 110, escrito por el rey David, es uno de los salmos más significativos en el aspecto teológico. Como ya vimos en un capítulo anterior, en el primer versículo se hace referencia tanto al Padre como al Verbo: “El Eterno dijo a mi Señor [el de David]: Siéntate a mi diestra . . .”. Cristo es quien ahora está sentado a la diestra del Padre (Hebreos 8:1; 10:12; 12:2).

Con esto en mente, analicemos ahora el versículo 4: “Juró el Eterno, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”. Aquí, el Eterno es el mismo ser que le habló al Señor de David (el Verbo preexistente) en el versículo 1, y aún le está hablando. Esto ciertamente nos ayuda a conocer la identidad de este misterioso personaje del Antiguo Testamento. Sin embargo, es en el libro de Hebreos donde se nos proporciona la prueba más convincente.

Lo que en Hebreos se explica acerca de Melquisedec

Esta cuestión es tan importante que se utiliza todo un capítulo en el Nuevo Testa-

En muchas ocasiones Jesús se refirió a sí mismo como el Hijo del Hombre en relación con sus sufrimientos y su sacrificio expiatorio por los pecados de la humanidad (Mateo 17:22; 26:45; Marcos 9:31; 14:41). Aunque de origen divino, intencionalmente se identificaba con nuestras dificultades humanas: las desventuras y los sufrimientos del género humano. El profeta Isaías lo llamó “varón de dolores, experimentado en quebranto” (Isaías 53:3).

Conociendo las flaquezas y dificultades humanas, Jesús nos dice: “Llevad

mento para explicar el significado de sólo tres versículos en el libro de Génesis. El tema se inicia en el último versículo del capítulo 6 de Hebreos, donde se hace hincapié en que Jesucristo fue “hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”, tal como, muchos siglos antes, lo había vaticinado el rey David en el Salmo 110.

Luego, en el capítulo 7 de Hebreos, el autor empieza a repasar las asombrosas características y cualidades de ese antiguo sacerdote de Dios. “Porque este Melquisedec, rey de Salem . . . cuyo nombre significa primeramente Rey de justicia, y también Rey de Salem, esto es, Rey de paz . . . permanece sacerdote para siempre” (vv. 1-3).

Si tenemos en cuenta que Melquisedec significa “Rey de justicia”, podemos ver que sería una blasfemia atribuir este título a un ser humano, porque como se nos dice en Romanos 3:23, “todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”. Sólo un ser divino podría llevar apropiadamente ese impresionante título.

En un comentario bíblico se dice: “Obsérvese que la Escritura lo señala [a Melquisedec] como *rey* y como *sacerdote*. La combinación de estos dos cargos debía ser una característica peculiar del Mesías” (*The New Bible Commentary: Revised* [“Nuevo diccionario bíblico: actualizado”], 1970, p. 1203, énfasis en el original).

El otro asombroso título de Melquisedec es “Rey de paz”. Desde luego, los seres humanos sencillamente no conocen el camino de la paz (Romanos 3:10, 17), y atribuir ese

título a cualquier hombre también sería una blasfemia. Sólo Jesucristo es el Príncipe de paz (Isaías 9:6).

‘Semejante al Hijo de Dios’

La equivalencia entre estos dos grandes personajes se aclara aún más cuando en Hebreos 7:3 Melquisedec es descrito como alguien “sin padre, sin madre, sin genealogía; *que ni tiene principio de días, ni fin de vida*, sino hecho *semejante al Hijo de Dios*, permanece sacerdote para siempre”. ¡Su sacerdocio nunca terminó! El único sacerdote que podría llenar estos requisitos sería el Verbo preexistente, el gran ser que estaba presente desde antes de la creación misma (Juan 1:1).

La expresión “sin padre, sin madre” quiere decir más que suponer simplemente que en el relato de Génesis se omitió mencionar a los familiares de Melquisedec. ¡Él no tuvo padres humanos! Dentro del contexto, la frase “que ni tiene principio de días, ni fin de vida” aclara perfectamente el asunto.

Por último, la frase “*hecho semejante al Hijo de Dios*” es otra convincente prueba de la identidad de Melquisedec. Él era “semejante” al Hijo de Dios porque, de hecho, aún no era el Hijo de Dios; es decir, no vino a ser el Hijo de Dios hasta más tarde, cuando fue engendrado por Dios el Padre por medio del Espíritu Santo.

Melquisedec no podía haber sido el Padre porque era “sacerdote del Dios Altísimo”. Sólo podía ser el Verbo, eterno y preexistente, quien luego vino a ser Jesucristo, el Hijo de Dios. □

mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mateo 11:29-30).

En Mateo 19:28, hablando de su cargo como el gobernante supremo de este mundo en el futuro Reino de Dios, Jesús se refirió una vez más a sí mismo como el Hijo del Hombre. También usó esta expresión cuando se identificó como “Señor del día de reposo”, haciendo notar que el séptimo día, el sábado, debería guardarse con misericordia y compasión (Marcos 2:27-28; Mateo 12:7-8; Lucas 6:5).

Luego, cuando fue a la región de Cesarea de Filipo, Jesús les preguntó a sus discípulos: “¿Quién dicen los hombres que es el *Hijo del Hombre*?” (Mateo 16:13). Ellos mencionaron varias de las creencias más conocidas pero equivocadas acerca de quién era él. Pero Pedro le dijo: “Tú eres el Cristo [el Mesías], *el Hijo del Dios viviente*” (v. 16). Jesús le hizo notar a Pedro que el Padre mismo le había revelado esa verdad (v. 17).

Todos sus apóstoles llegaron a comprender la misma verdad y en ocasiones se referían a él con ese título (Mateo 14:33; Juan 20:31; Romanos 1:3-4). Jesucristo ciertamente es el Hijo de Dios, con todo lo que implica ese título.

Cómo entender a Dios por medio de Jesucristo

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre . . .” (Juan 14:9).

La Biblia está llena de claves que a menudo se pasan por alto y que podrían aclarar mucha de la confusión que existe con respecto a Dios y su Verbo. Al leer las Escrituras uno puede percibir vagamente estas cosas, pero a veces no las vemos claramente debido a ciertos conceptos erróneos acerca de la Biblia.

Jesucristo vino para revelar al Padre (Mateo 11:27). No obstante, la cristiandad en general no le presta mucha atención al Padre y se concentra casi exclusivamente en Cristo. Tal actitud definitivamente no provino del Hijo. Él mismo nos instruyó acerca de la forma en que debemos orar: “*Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*” (Mateo 6:9-10, NVI). Jesús siempre se esforzó por encaminar a la gente hacia el Padre y así pudieran conocerlo.

Al no comprender realmente los cuatro evangelios, la gente tiene un entendimiento sumamente erróneo acerca de Dios el Padre. La realidad bíblica frecuentemente es muy contraria a la forma en que muchos, incluso entre los principales movimientos religiosos, lo visualizan.

El Padre está íntimamente interesado en toda su creación. Él sabe hasta cuando un pajarillo cae a tierra; y Jesús nos dice que los humanos valemos “más que muchos pajarillos” (Mateo 10:29-31). Dios está profundamente interesado en su plan de salvación para toda la humanidad.

Dios da la lluvia y hace salir el sol para todos, justos e injustos. Es benigno con los desagradecidos y malvados. Es misericordioso con esta humanidad rebelde (Lucas 6:35-36). Es paciente con todos nosotros, y siempre está con la esperanza de que nos arrepiñamos (2 Pedro 3:9).

Dios el Padre se preocupa particularmente por las “primicias” —aquellos a quienes ha llamado a la vida eterna en este tiempo— y en especial por esos “pequeños” que están en las primeras etapas de la conversión (Mateo 18:6-14). En el versículo 10 se les advierte seriamente a los cristianos más maduros que tengan mucho cuidado de no ofender “a uno de estos pequeños”.

El Hijo, Jesucristo, nos dejó ejemplo claro de cómo vive y piensa el Padre. Realmente vino a revelarnos al Padre. Es por medio de Cristo —su obra, su maravilloso ejemplo, su vida misma— que podemos comprender más ampliamente la naturaleza y carácter del Padre. Muchas personas pasan por alto este principio bíblico.

Cristo es la imagen del Padre

En el Nuevo Testamento se nos aclaran muchas cosas para que podamos entender el Antiguo, sobre todo en cuestiones acerca del Padre y del Hijo.

Como ya vimos en Hebreos 1:2-3: Dios “en estos días finales nos ha hablado por medio de su [o ‘un’] Hijo. A éste lo designó heredero de todo, y por medio de él hizo el universo. El Hijo es el resplandor de la gloria de Dios, *la fiel imagen de lo que él es . . .*” (NVI). Cristo era exactamente como el Padre.

En este versículo se usa el vocablo griego *charakter*, del cual se tradujo la palabra *imagen*. El significado de este vocablo “denota, en primer lugar, una herramienta para grabar . . . [o] una estampa o impresión, como sobre una moneda o un sello, en cuyo caso el sello o cuño que hace una impresión lleva la imagen que produce, y, vice-versa, todas las características de la imagen se corresponden respectivamente con las del instrumento que las ha producido” (W.E. Vine, *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, 1984, 2:226).

No es de sorprendernos, pues, que Jesús le haya dicho a Felipe: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9). Cristo es la imagen misma de Dios el Padre. Podemos aprender mucho de una conversación que Jesús tuvo con sus apóstoles. Le había dicho a Tomás: “. . . nadie viene al Padre, sino por mí” (v. 6). Jesús vino a revelar al Padre. Luego continuó: “Si me conociérais, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto” (v. 7).

Es fácil leer a la ligera estas palabras y no percibir su gran significado. La Biblia no es un libro para lectura rápida o para darle sólo una ojeada. Para que podamos entender su profundo significado, es necesario meditar y pensar tranquila y cuidadosamente. Debemos acostumbrarnos a reflexionar acerca del significado de lo que estamos leyendo.

Los discípulos aún no estaban realmente convertidos, aún no habían sido engendrados por el Espíritu Santo; por tanto, no podían comprender el fantástico significado de lo que Jesús les estaba diciendo. En otra ocasión, Jesús le había dicho a Pedro: “y tú, una vez vuelto [convertido], confirma a tus hermanos” (Lucas 22:32). Cuando en la celebración de la Pascua Jesús instituyó el lava-

miento de pies, le dijo a Pedro: “Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después” (Juan 13:7).

Después de resucitar a Jesucristo, Dios enviaría su Espíritu el día de Pentecostés, y entonces los discípulos empezaría a entender (Juan 14:16-17; 16:12-13). Pero volvamos a la conversación de Jesús con sus discípulos.

En Juan 14:8 leemos que Felipe le dijo a Jesús: “Señor, muéstranos al Padre, y nos basta”. Obviamente, Felipe no había entendido lo que Jesús le acababa de decir a Tomás (v. 7). “Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? *El que me ha visto a mí, ha visto al Padre*; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre” (v. 9).

Jesús amonestó amablemente a Felipe por su falta de entendimiento, pero también los otros discípulos estaban en la misma situación. Incluso hoy en día mucha gente no alcanza a comprender la magnitud del sentido espiritual de estas palabras de Jesús. Aunque eran dos seres distintos, Jesús era la imagen misma del Padre. Jesucristo era exactamente como Dios el Padre; sin embargo, en la Biblia se nos muestra claramente que ellos eran y son dos seres distintos.

Conocemos a Dios por medio de Jesucristo. Entendemos la naturaleza y el carácter del Padre por medio del Hijo, no por medio de antiguas filosofías o por el conocimiento incompleto y muchas veces equivocado de falibles seres humanos.

Cómo entender la naturaleza del espíritu

Las vivencias de Jesucristo relatadas en los cuatro evangelios arrojan mucha luz sobre la forma en que debemos entender la naturaleza del espíritu cuando la comparamos con la carne de nuestro Salvador.

Pensemos en el mundo espiritual y preguntémosnos: ¿Tienen forma los seres espirituales? ¿Tienen cuerpos que puedan percibirse? ¿Tienen personalidad? ¿Tienen cara? ¿Tienen voz?

¿Puede ser visto Dios por ojos humanos? Sí, bajo ciertas medidas de protección, como Dios mismo da testimonio de Moisés: “Él contempla la imagen del SEÑOR” (Números 12:8, NVI). Al analizar todos los pasajes pertinentes, podemos ver que este ser divino era el Verbo preexistente de que se nos habla en Juan 1:1, y no Dios el Padre.

Bajo ciertas condiciones muy especiales, a Moisés le fue permitido ver a Dios de espaldas en su forma gloriosa (Éxodo 33:18-23). Pero no le fue permitido ver la cara de Dios en toda su gloria, ya que ésta resplandece como el sol en toda su fuerza, por lo que Moisés hubiera muerto instantáneamente (v. 20).

En otra ocasión importante, después de que se dieron los Diez Mandamientos, Moisés, Aarón, los dos hijos de Aarón y 70 ancianos de Israel “vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al

cielo cuando está sereno” (Éxodo 24:9-10). Es de suponerse que también en esta ocasión el Verbo preexistente los protegió de la plena intensidad de su gloria.

La cara de Dios

Estas preguntas se hacen más fascinantes cuando las asignamos al Padre, “Señor del cielo y de la tierra” (Mateo 11:25), el gran Rey de todo el universo. Cristo nos da una clara idea a medida que buscamos las respuestas, no sólo por su testimonio, sino también por sus apariciones ante los discípulos *después* de que fue resucitado a la vida espiritual eterna.

Es evidente que los ángeles en los cielos pueden ver al Padre. La clara prueba bíblica se encuentra en Mateo 18:10. Jesús dijo: “Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que *sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos*”.

En su libro *The Human Face* (“El rostro humano”), el escritor Daniel McNeill pregunta: “¿Tiene rostro el Dios cristiano? La Biblia dice que él hizo al hombre a su propia imagen, lo cual sugiere que lo tiene” (1998, p. 140). Esa sería la conclusión a que generalmente llegaría cualquier persona, siempre y cuando antes no hubiera sido adoctrinada con erradas filosofías que datan desde tiempos antiguos.

El apóstol Juan escribió mucho de lo que Jesús dijo con referencia al Padre. Juan 1:18 es un ejemplo: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, *él le ha dado a conocer*”. Como ya lo hemos mencionado, Cristo vino a revelar al Padre. Dios puede ser visto, pero Jesús es el único ser humano que ha podido verlo cara a cara en toda su gloriosa apariencia.

En el mismo evangelio leemos acerca de lo que Jesús le dijo a la mujer samaritana: “Pero se acerca la hora, y ha llegado ya, en que los verdaderos adoradores rendirán culto al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. *Dios es espíritu*, y quienes lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad” (Juan 4:23-24, NVI). Dios el Padre no es un ser físico; es espíritu, pero eso no quiere decir que no tenga forma o figura.

Cristo dijo: “El Padre mismo que me envió ha testificado en mi favor. Ustedes nunca han oído su voz, ni visto su figura” (Juan 5:37, NVI). No obstante, en estos pasajes en el Evangelio de Juan claramente se nos muestra que el Padre *puede* ser visto y oído, pero no por ojos humanos. Él ha sido visto sólo por el Hijo (Juan 6:45-46) y por las huestes angelicales; y, mediante visiones, por unos pocos seres humanos como el profeta Daniel y el apóstol Juan.

Por el hecho de que Jesús dijo: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9), podemos darnos cuenta de que la semejanza entre el Padre y el Hijo es más fuerte en muchas formas que lo que nosotros podríamos imaginarnos. Con todo, son dos seres independientes quienes constantemente dialogan y hablan de sus planes.

¿Qué nos enseña la resurrección de Jesucristo?

“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Juan 11:25).

El apóstol Pablo nos dice que “la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios” (1 Corintios 15:50). Por lo tanto, la resurrección de Jesucristo a la vida eterna fue en un cuerpo glorificado (Filipenses 3:21), de la misma sustancia que la del Padre (Hebreos 1:3) Sin embargo, después de resucitado, Cristo se apareció de diferentes maneras. En los evangelios podemos ver que nadie lo reconocía hasta que él lo permitía.

La primera persona que vio a Jesús después de su resurrección fue María Magdalena. En el Evangelio de Juan leemos que ella fue al sepulcro en la mañana, cuando aún estaba oscuro, y se dio cuenta de que éste estaba vacío. Obviamente se alarmó al pensar que el cadáver de Cristo había sido robado (Juan 20:1-2).

La sorprendente experiencia de María Magdalena

María fue a avisarles a Pedro y a Juan, quienes corrieron al sepulcro. Y lo único que encontraron fue la ropa con la que habían amortajado a Jesús. Cuando Dios resucitó a su Hijo a la vida espiritual, Jesucristo aparentemente pasó a través de la mortaja como si ésta no existiera.

Retomemos el relato en el versículo 14: María “se volvió, y vio a Jesús que estaba allí; mas no sabía que era Jesús”. Ella no lo reconoció a pesar de que lo conocía muy bien; pensó que era el hortelano. Lo que ocurrió enseguida fue verdaderamente asombroso. “Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: ¡Raboni! (que quiere decir, Maestro)” (v. 16). ¡El sueño imposible se había hecho realidad; lo increíble había sucedido!

Quizá en toda la historia no ha habido otro momento de reconocimiento tan especial como éste. Una pobre mujer llorosa y desconsolada que pensaba que todo se había perdido, de pronto se dio cuenta de que ¡su Salvador estaba vivo y que estaba delante de ella! La emoción que invadió todo su cuerpo debió haber sido indescriptible. Jesús sencillamente se había dirigido a ella en la forma en que tantas veces lo había hecho cuando era humano.

Muchos hemos tenido la experiencia de ver a alguien que conocemos pero que no hemos visto desde hace mucho tiempo. La emoción que sentimos es difícil de explicar.

Pero el caso de esta mujer, de quien Jesús había sacado siete demonios, fue algo mucho más importante. Ella fue el primer ser humano que vio personalmente al Cristo resucitado y lo reconoció. ¡Qué gran honor!

Pero ¿por qué ella? Quizá porque confiaba en Jesús y le fue dedicada de una manera en que muy pocas personas lo han sido. Ella siempre mostraba también el gran agradecimiento que sentía por las cosas que Cristo había hecho. Antes de su increíble curación, su vida seguramente había sido un continuo sufrimiento.

El cuerpo del Cristo resucitado

Después de haber resucitado, Jesús podía atravesar gruesas paredes y también podía aparecer o desaparecer a voluntad (Lucas 24:31; Marcos 16:12). Hay quienes dicen que el cuerpo resucitado de Jesucristo era el mismo cuerpo físico que había muerto, equiparando estos poderes con su milagrosa habilidad de andar sobre el agua cuando era humano. Pero en la Biblia se nos asegura que Jesús había vuelto a ser espíritu, tal como lo había sido antes en el cielo con el Padre (Juan 17:5), sin sujeción alguna a las leyes físicas que nos restringen a los seres humanos.

El apóstol Pablo dice explícitamente que “fue hecho el primer hombre Adán alma viviente . . . de la tierra, terrenal” (1 Corintios 15:45, 47); no obstante, “. . . el postrer Adán [Jesús], [fue hecho] *espíritu* vivificante” (v. 45).

De hecho, Jesús había vuelto a ser “el Alto y Sublime, el que habita la eternidad” junto con el Padre (Isaías 57:15). ¿Cómo se explican, pues, las diferentes apariciones *en semejanza de ser humano* registradas en las Escrituras? Leamos y analicemos algunos pasajes.

Más tarde, en su conversación con María Magdalena, “Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre . . .” (Juan 20:17). Esto nos da a entender que María habría podido tocar a Jesucristo como si fuera un hombre común y corriente. Por lo que resulta obvio que Jesús se le apareció con forma y figura humanas.

Esa noche Jesús se les apareció a varios de sus primeros apóstoles que estaban reunidos y “les mostró *las manos y el costado*. Y los discípulos se rego-

cijaron viendo al Señor” (v. 20). En esa ocasión Tomás no estaba con ellos y no creyó lo que le dijeron.

Ocho días después Jesús se les apareció nuevamente (v. 26), y esta vez sí estaba Tomás, a quien le dijo: “Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente”. ¿Cuál fue la reacción de Tomás? Éste, atónito, le dijo: “¡Señor mío, y *Dios mío!*” (vv. 27-28). Ahora Tomás ya no tenía ninguna duda de que ¡Jesucristo era Dios!

Probablemente estos increíbles sucesos (y otros semejantes) fueron los que hicieron que el apóstol Juan empezara su primera epístola con estas palabras: “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y *palparon nuestras manos* tocante al Verbo de vida” (1 Juan 1:1).

Tengamos presente que el Verbo vino a ser Jesucristo (Juan 1:14). Quizá, en el versículo que acabamos de citar, Juan estaba pensando más bien en Jesús como el Cristo resucitado y no como humano.

Apariciones en forma física

Más adelante Cristo se les apareció nuevamente. “Después de esto, Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos junto al mar de Tiberias; y *se manifestó de esta manera*” (Juan 21:1). En esa ocasión les preparó desayuno (v. 9), y después tres veces le dijo a Pedro que cuidara de sus ovejas (vv. 15-17).

En este relato no se menciona si Jesús comió algo con ellos, pero en otros pasajes podemos ver que él comió después de su resurrección. En Lucas 24:42-43 leemos que unos de sus discípulos “le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y él lo tomó, y *comió delante de ellos*”. Más tarde Pedro mencionó que Jesús se había manifestado a los apóstoles, quienes “comimos y bebimos con él después que resucitó de los muertos” (Hechos 10:41). Y cuando regrese, después de la resurrección de los fieles él aún habrá de comer y beber con su familia recién nacida en la gran fiesta de bodas (Mateo 26:29).

Tales pasajes hacen pensar a mucha gente que Cristo aún debe tener su cuerpo físico. Pero debemos tener en cuenta que aun en el Antiguo Testamento, mucho antes de que el Verbo viniera en la carne como Jesús, él, “el Eterno”, se le apareció a Abraham en forma física y comió con él (Génesis 18). De estos relatos resulta obvio que Dios se puede revelar de manera física y tangible. También es claro que puede comer por motivo de celebración o sencillamente por placer, aunque *no necesita* comer o beber para sustentar su vida espiritual eterna (Juan 5:26).

En Lucas 24:37 leemos que cuando el resucitado Jesús se les apareció a los discípulos y comió con ellos, se asustaron porque “creyeron que veían a un espíritu”. Entonces les dijo: “Miren mis manos y mis pies. ¡Soy yo mismo! Tóquenme

y vean; *un espíritu no tiene carne ni huesos, como ven que los tengo yo*. Dicho esto, les mostró las manos y los pies” (v. 39-40, NVI).

No obstante todo esto, como ya dijimos antes, muchos alegan que esto prueba que el cuerpo resucitado de Cristo era físico. Pero, como también ya leímos en 1 Corintios 15:45, él era y sigue siendo *espíritu*. La aparente contradicción se aclara fácilmente cuando tenemos en cuenta por qué fue que los discípulos estaban tan asustados. Quizá fue porque pensaron que era un espíritu malo, o demonio. Pero por medio de su apariencia y forma físicas, Jesús les demostró que no era un demonio.

Los apóstoles debían ser testigos de la resurrección de Jesús a fin de que pudieran tener prueba de que efectivamente era el Mesías. Jesús se aseguró de que no sólo pudieran saber que había sido resucitado a la vida eterna, sino que también era la misma persona con la que habían estado durante esos últimos tres años y medio.

No debemos pasar por alto el profundo significado que estos pasajes tienen con respecto a la naturaleza de Dios. Quizá no podamos entenderlos completamente, pero esos sucesos fueron reales (Juan 20:30-31; 21:24). No debemos tener la osadía de limitar a Dios o lo que puede hacer. Una vez más, es por medio de las Escrituras que podemos conocerlo y entender su naturaleza, *no* por medio de antiguos conceptos filosóficos.

¿Es Dios una Trinidad?

*“¿Enseñó realmente el Nuevo Testamento la elaborada —y muy contradictoria— doctrina de la Trinidad?”
—Karen Armstrong, A History of God (“Historia de Dios”)*

Ya hemos visto que en las Escrituras se nos revela a Dios como una *familia*, compuesta del Padre y del Hijo en el cielo, con muchos posibles miembros de esa misma familia ahora aquí en la tierra. La Biblia habla de “toda familia en los cielos y en la tierra” (Efesios 3:15).

Dos miembros divinos de esa familia, el Padre y el Hijo, moran en el cielo, pero los hijos humanos de Dios aquí en la tierra ya forman parte de esta familia (Romanos 8:14; 1 Juan 3:1-2). (Si desea conocer un poco más acerca de este asunto, puede solicitar el folleto gratuito *Nuestro asombroso potencial humano*.)

Pero ¿qué hay de la Trinidad? Muchos millones de personas creen que Dios consiste en tres personas o entes distintos —el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo— los que componen un solo ser. ¿Cómo podemos saber qué explicación acerca de la naturaleza de Dios es correcta? Sencillamente, sólo en la Biblia podemos encontrar la respuesta correcta. Por principio de cuentas, el hecho de que la palabra *trinidad* no aparece en ninguna parte de la Biblia, debe hacernos recapacitar. No debemos aferrarnos a viejas tradiciones religiosas si contradicen la Biblia. Nuestras creencias deben estar basadas firmemente en las enseñanzas de las Sagradas Escrituras. Jesús, orando al Padre, le dijo: “Tu palabra es verdad” (Juan 17:17).

Pruebas del Nuevo Testamento

La realidad es que la Biblia *no* enseña la doctrina de la Trinidad. Las palabras con que un comentario bíblico empieza su artículo bajo el título “Trinidad” son muy informativas: “Debido a que la Trinidad es una parte tan importante de la *doctrina cristiana posterior*, resulta sorprendente que el término no aparece en el Nuevo Testamento. Igualmente, el concepto desarrollado de tres socios coiguales

en la Divinidad que se encuentran en *declaraciones de credos posteriores* no pueden detectarse claramente dentro de los límites del canon [del Nuevo Testamento]” (*The Oxford Companion to the Bible* [“El compañero de la Biblia, de Oxford”], Bruce Metzger y Michael Coogan, directores, 1993, p. 782).

La palabra *posterior* es una clave muy importante para poder entender por qué las creencias de la cristiandad han tenido que sobrellevar la doctrina de la Trinidad. Algunos teólogos, que vivieron después del primer siglo, fueron los que primeramente concibieron tal doctrina, y otros le agregaron o hicieron cambios con el paso de los siglos.

Notemos el reconocimiento que se hace en otra fuente de consulta: “El término ‘Trinidad’ no se encuentra en la Biblia. Tertuliano lo usó por primera vez a fines del segundo siglo, pero recibió amplia difusión y explicación oficial *sólo en los siglos cuarto y quinto*” (*The New Bible Dictionary* [“Nuevo diccionario bíblico”], 1996, “Trinidad”).

El mismo diccionario explica que “la doctrina formal de la Trinidad fue el resultado de varios intentos inadecuados de explicar qué y quién es realmente el Dios cristiano . . . Para tratar con estos problemas los padres de la iglesia se reunieron en el año 325 en el Concilio de Nicea para establecer una definición bíblica ortodoxa relacionada con la identidad divina”. No obstante, no fue hasta

¿Qué decir de Mateo 28:19?

En ocasiones el pasaje en Mateo 28:19 ha sido mal entendido con respecto al concepto de la Trinidad. “Por tanto, id, y haced discípulos . . . bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”.

Recordemos el importante principio de que la Biblia se interpreta a sí misma. Este pasaje *no* nos da una descripción de la naturaleza de Dios, sino que nos muestra la forma apropiada para el bautismo.

Observemos Hechos 2:38: “Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo”. El ejemplo bíblico es que después de arrepentirse verdaderamente y ser bautizada la persona, el ministro le impone las manos y ésta recibe el Espíritu Santo directamente de Dios (Hechos 8:14-17).

No obstante lo importante que es, el bautismo solo no es suficiente. Tiene que ser seguido de la imposición de manos, tal como lo ordena la Biblia, para recibir el Espíritu Santo, que es la semilla de la vida eterna (Hechos 19:1-6). No podemos participar de la naturaleza de Dios (2 Pedro 1:4) sin antes haber sido engendrados por el Padre por medio de su Espíritu, el cual transmite esa naturaleza divina.

La instrucción de Jesús en Mateo 28:19 implica que, antes de ser bautizados, los creyentes habrán aprendido acerca del Padre, su Hijo y el Espíritu Santo. Al ser bautizados, entran en una relación familiar personal con el Padre y el Hijo *por medio* del Espíritu Santo, recibiendo así el *nombre* de Dios (comparar Efesios 3:14-15). Este es el mensaje de Mateo 28:19. □

el 381, “en el Concilio de Constantinopla, [que] fue confirmada la divinidad del Espíritu . . .”.

Otra fuente teológica reconoce que “mucho del pensamiento de los siglos segundo y tercero dio una impresión de *binitarismo* [es decir, *dos* en unidad, el Padre y el Hijo] . . . Pensadores pluralistas . . . afirmaban la total co-presencia de los dos (*más tarde* tres) diferentes entidades dentro de la Divinidad . . .” (Alan Richardson, director, *A Dictionary of Christian Theology* [“Diccionario de teología cristiana”], 1969, p. 345).

Vemos, pues, que la doctrina de la Trinidad no fue formalizada hasta mucho tiempo después de que la Biblia había sido completada y los apóstoles habían fallecido. A los teólogos que vinieron después les llevó varios siglos formular lo que creían con respecto al Espíritu Santo. Lamentablemente, la doctrina de la Trinidad ha sido un gran obstáculo para tener un claro entendimiento de la verdad bíblica de que Dios es una *familia divina*.

Prosiguiendo con el artículo de una de las fuentes citadas previamente, leemos: “Mientras que los escritores del Nuevo Testamento hablan mucho acerca de Dios, Jesús y del Espíritu de cada uno, ningún escritor del Nuevo Testamento explica la relación entre los tres en la forma en que lo hacen algunos *escritores cristianos posteriores*” (*The Oxford Companion to the Bible* [“El compañero de la Biblia, de Oxford”], 1993, p. 782). Desde luego, estos estudiosos de la Biblia exponen en forma incompleta lo que resulta obvio para quienes entienden la explicación bíblica acerca de Dios.

Una falsa añadidura en 1 Juan 5:7-8

Ciertos traductores de los siglos pasados buscaban tan ardientemente algo con que respaldar su creencia en la Trinidad que, literalmente, se atrevieron a añadirlo a la Biblia. Un ejemplo de esto lo encontramos en 1 Juan 5:7-8, donde leemos: “Porque tres son los que dan testimonio *en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan*”. Las palabras en letra cursiva sencillamente no forman parte de los manuscritos originales del Nuevo Testamento.

En la Nueva Versión Internacional 1 Juan 5:7-8 aparece correctamente: “Tres son los que dan testimonio, y los tres están de acuerdo: el Espíritu, el agua y la sangre”. Aquí Juan personifica estos tres elementos como testigos, así como Salomón personificó la sabiduría en el libro de los Proverbios (ver Proverbios 8). Refiriéndose al pasaje que en el párrafo anterior está en letra cursiva, la NVI aclara en una nota al pie de la página que, “este pasaje se encuentra en mss. [manuscritos] posteriores de la Vulgata, pero no está en ningún ms. [manuscrito] griego anterior al siglo xvi”.

“Toda la prueba de los textos está en contra de 1 Juan 5:7-8”, según explica el escritor Neil Lightfoot. “De todos los manuscritos griegos, sólo hay dos que la tienen [la añadidura]. Estos dos manuscritos son de fechas muy posteriores, uno del siglo catorce o quince y el otro del siglo dieciséis. Ambos muestran claramente que este versículo fue traducido del latín” (*How We Got the Bible* [“Cómo obtuvimos la Biblia”], 1963, pp. 56-57).

Otra fuente de información bíblica se refiere al pasaje que nos ocupa como “obviamente una glosa posterior sin ningún mérito” (*The Expositor's Bible Commentary* [“Comentario bíblico del expositor”], 1981, 12:353). Otra más de estas obras de consulta, refiriéndose al mismo pasaje, de manera tajante comenta: “Ningún [manuscrito] griego respetable la tiene. Apareció por primera vez en un texto en latín de fines del cuarto siglo, se introdujo en la Vulgata y finalmente en el NT [Nuevo Testamento] de Erasmo” (*Peake's Commentary on the Bible* [“Comentario de Peake sobre la Biblia”], p. 1038).

El término *Trinidad* no fue usado comúnmente como un término religioso hasta después del Concilio de Nicea en el año 325, varios siglos después de que habían sido completados los últimos libros del Nuevo Testamento. ¡La Trinidad *no* es un concepto bíblico!

¿Por qué a veces se le llama ‘él’?

Debido al hecho de que en el Nuevo Testamento se utiliza algunas veces el pronombre “él” con referencia al Espíritu Santo, hay mucha gente que supone que se trata de una entidad personal. Este concepto equivocado se produce por el uso que en el idioma griego se hace de pronombres de acuerdo con el género del sustantivo que se esté utilizando.

En el griego, cada objeto, animado o inanimado, es designado por un sustantivo masculino, femenino o neutro. Al igual que en el español, francés, italiano y otros idiomas, el género *gramatical* nada tiene que ver con que el objeto sea literalmente masculino, femenino o neutro. Por ejemplo, un libro no es masculino y una mesa no es femenina, y ciertamente no son “personas”.

En el griego se usan vocablos masculinos y neutros para referirse al Espíritu Santo. Gramaticalmente, la voz *paracletos*, traducida por “Consolador” en Juan 14:16, 26; 15:26; 16:7 es de género masculino. Por consiguiente, tanto en el griego como en el español es correcto el empleo de pronombres masculinos.

El Espíritu Santo no es un ser personal

“... No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho el Eterno de los ejércitos” (Zacarías 4:6).

En el capítulo anterior vimos que la doctrina de la Trinidad no provino de ninguno de los que escribieron la Biblia, sino que se originó bastante después de que había sido escrito el Nuevo Testamento. ¿Cómo, entonces, debemos definir el Espíritu Santo si no es una persona?

En la Biblia no se nos presenta al Espíritu Santo como un ente o persona diferente. Por el contrario, la forma y contextos en que se menciona nos hacen ver que es el *poder* que proviene de Dios (Zacarías 4:6; Miqueas 3:8). Investigadores judíos que han examinado los pasajes en que es mencionado en el Antiguo Testamento nunca han definido el Espíritu Santo como otra cosa que no sea el poder de Dios.

En el Nuevo Testamento el apóstol Pablo se refirió a él como al espíritu “de poder, de amor y de dominio propio” (2 Timoteo 1:7). Cuando el ángel le hizo saber a María que habría de concebir sobrenaturalmente, le dijo: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el *poder* del Altísimo te cubrirá con su sombra” (Lucas 1:35).

Jesús comenzó su ministerio “en el poder del Espíritu” (Lucas 4:14). A sus seguidores les dijo: “Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo . . .” (Hechos 1:8).

En Hechos 10:38 el apóstol Pedro nos dice que “Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret”. Este era el mismo poder por medio del cual Jesús pudo hacer todos esos grandes milagros durante su ministerio. El Espíritu Santo es la naturaleza, presencia y expresión mismas del poder de Dios obrando activamente en sus siervos (Juan 14:23; 2 Pedro 1:4; Gálatas 2:20).

Jesucristo obró por medio del apóstol Pablo “con potencia de señales y prodigios, en el poder del Espíritu de Dios” (Romanos 15:19). Vez tras vez las Escrituras presentan al Espíritu Santo como el poder de Dios.

En su artículo acerca del Espíritu Santo, *The Anchor Bible Dictionary* (“Diccionario bíblico del ancla”) lo describe como la “manifestación de la presencia y poder divinos, perceptibles especialmente en la inspiración profética” (1992, 3:260).

En la Biblia con frecuencia vemos que Dios inspiraba a sus profetas y a sus siervos por medio del Espíritu Santo. Pedro afirmó que “nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21).

Por su parte, Pablo escribió que el plan de Dios había sido “revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu” (Efesios 3:5), y que lo que él mismo enseñaba era inspirado por el Espíritu Santo (1 Corintios 2:13). Pablo explica, además, que es por medio de su Espíritu que Dios les revela a los verdaderos cristianos las cosas que ha preparado para los que le aman (vv. 9-16). Obrando por medio de su Espíritu, Dios el Padre revela la verdad a quienes le sirven.

Jesús les dijo a sus discípulos que “el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Juan 14:26). Es por medio del Espíritu de Dios en nosotros que podemos lograr percepción y entendimiento espirituales.

Cristo poseía esta comprensión espiritual en grado sumo. Como el Mesías, fue profetizado que sobre él reposaría el “espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor del Eterno” (Isaías 11:2). Como el Hijo del Hombre, Jesucristo ejemplificó en su comportamiento personal las cualidades divinas del omnipotente Dios, viviendo totalmente por las normas bíblicas del Padre, por medio del Espíritu Santo (ver 1 Timoteo 3:16).

Otras cualidades del Espíritu Santo

En las Escrituras se habla del Espíritu Santo de muchas maneras que nos comprueban que no es una persona divina. Por ejemplo, en Hechos 10:45 y en 1 Timoteo 4:14 se le menciona como un don. También se nos hace notar que puede ser apagado o extinguido (1 Tesalonicenses 5:19), que puede ser derramado (Hechos 2:17, 33), y que somos bautizados en él (Mateo 3:11).

La gente puede beber de él (Juan 7:37-39), participar de él (Hebreos 6:4) y estar llenos de él (Hechos 2:4; Efesios 5:18). Somos renovados en el Espíritu Santo (Tito 3:5) y debemos avivarlo dentro de nosotros (2 Timoteo 1:6). Estas características impersonales ciertamente *no* son atributos de una persona.

En Efesios 1:13-14 se nos dice que es “el Espíritu Santo prometido”, el cual “garantiza nuestra herencia”, y en el versículo 17 se le menciona como “el Espíritu de sabiduría y de revelación” (NVI).

Este Espíritu no es sólo el Espíritu de Dios el Padre, porque en la Biblia también se le llama “el Espíritu de Cristo” (Romanos 8:9; Filipenses 1:19). Ambas formas de llamarlo se refieren al *mismo* Espíritu, ya que sólo hay un Espíritu (1 Corintios 12:13; Efesios 4:4). Por medio de Jesucristo, el Padre transmite el mismo Espíritu a los verdaderos cristianos (Juan 14:26; 15:26; Tito 3:5-6), guiándolos y capacitándolos para que sean “hijos de Dios” y lleguen a ser “participantes de la naturaleza divina” (Romanos 8:14; 2 Pedro 1:4).

A diferencia de Dios el Padre y Jesucristo, quienes continuamente se comparan a los hombres en lo que se refiere a su forma y figura, al Espíritu constantemente se le representa de varias maneras o manifestaciones muy distintas, tales como viento (Hechos 2:2), fuego (v. 3), agua (Juan 4:14; 7:37-39), aceite (Salmos 45:7; comparar con Hechos 10:38; Mateo 25:1-10), una paloma (Mateo 3:16) y como “arras” o garantía de la vida eterna (2 Corintios 1:22; 5:5; Efesios 1:13-14). Estas representaciones serían muy difíciles de entender, por no decir otra cosa, si el Espíritu Santo fuera una persona.

En Mateo 1:20 encontramos otra prueba de que el Espíritu Santo no es un ente sino el poder de Dios. En este pasaje leemos que Jesús fue engendrado por el Espíritu Santo. Sin embargo, Jesús continuamente oraba a Dios el Padre y hacía referencia a él como a su Padre; en cambio, *no* se refería así al Espíritu Santo (Mateo 10:32-33; 11:25-27; 12:50). *Jamás* hizo referencia al Espíritu Santo como su Padre. Es obvio que el Espíritu Santo fue el medio o poder por el cual el Padre engendró a Jesús como su Hijo.

El ejemplo y la enseñanza de Pablo

Si Dios fuera una Trinidad, el apóstol Pablo, quien escribió muchas de las bases teológicas de la iglesia primitiva, ciertamente habría entendido y enseñado este concepto. Sin embargo, en ninguno de sus escritos encontramos tal enseñanza.

Es más, el saludo inicial que Pablo acostumbraba en las cartas que enviaba tanto a iglesias como a personas era “Gracia y paz sean a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo”. El Espíritu Santo *nunca* fue mencionado en ninguno de sus saludos. (Se puede decir lo mismo de Pedro en los saludos de sus dos epístolas.)

El mismo saludo, con sólo pequeñas diferencias, aparece en cada una de las epístolas que llevan el nombre de Pablo (ver Romanos 1:7; 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2; etc.) Como puede comprobarse, el Espíritu Santo nunca se menciona en todos estos saludos. Este sería un insólito e inadmisibles descuido si el Espíritu realmente fuera una persona o ente coigual a Dios el Padre y a Cristo.

Esto resulta más sorprendente aún cuando tenemos en cuenta que en las congregaciones a las que les escribía Pablo, había muchas personas con antecedentes politeístas quienes anteriormente habían adorado a muchos dioses. En sus epístolas

no vemos que este apóstol hubiera hecho ningún intento por explicar la Trinidad o que el Espíritu Santo era un ser divino igual que Dios el Padre y Jesucristo.

De todos los escritos de Pablo, sólo en 2 Corintios 13:14 se menciona el Espíritu Santo junto con el Padre y con Cristo, y eso sólo en relación con “la comunión del Espíritu Santo” que todos los creyentes compartían, y no en una declaración teológica acerca de la naturaleza de Dios. Como lo explica Pablo, el Espíritu Santo es el elemento unificador que nos mantiene juntos en un compañerismo justo y piadoso, no sólo entre uno y otro, sino también con el Padre y el Hijo.

No obstante, aquí tampoco se habla del Espíritu Santo como si fuera una persona. Observemos que nuestra comunión o vínculo es *del* Espíritu Santo, no *con* el Espíritu Santo. Como se nos dice en 1 Juan 1:3, “nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su hijo Jesucristo”. Aquí ni siquiera se hace mención del Espíritu Santo.

Pablo nos dice que “sólo hay un Dios, el Padre . . . y un Señor, Jesucristo . . .” (1 Corintios 8:6). No se hace mención del Espíritu Santo como un ser divino.

Otras perspectivas bíblicas

Jesús tampoco habló nunca del Espíritu Santo como si se tratara de un tercer personaje divino. Más bien, en muchos pasajes sólo habló de la relación entre él y Dios el Padre (Mateo 26:39; Marcos 13:32; 15:34; Juan 5:18, 22; etc.). El concepto del Espíritu Santo como una persona brilla por su ausencia de las enseñanzas de Jesús. Con respecto a las muchas veces que Jesucristo habló de la relación entre él y el Padre, resulta bastante interesante el hecho de que nunca mencionó tener ninguna relación semejante con el Espíritu Santo.

Otra cosa que debemos tener en cuenta es que en las visiones del trono de Dios registradas en la Biblia, en las que aparecen el Padre y Cristo, el Espíritu Santo *nunca* es visto (Hechos 7:55-56; Daniel 7:9-14; Apocalipsis 4-5; 7:10). A Jesús se le menciona muchas veces estando a la diestra del Padre, pero no se menciona a nadie que esté a su siniestra. En ninguna parte de las Sagradas Escrituras aparecen juntas tres personas divinas.

Incluso en el último libro de la Biblia (y último en ser escrito), no se menciona al Espíritu Santo como una persona divina. En este libro se habla de “un cielo nuevo y una tierra nueva” (Apocalipsis 21:1), donde estará “el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos” (v. 3). También Cristo, el Cordeiro de Dios, estará allí (v. 22). Tampoco aquí aparece el Espíritu Santo; otro error inconcebible si el Espíritu fuera la tercera persona de un Dios trino.

Por las pruebas que pueden encontrarse en la Biblia, claramente se ve que el Espíritu Santo *no* es una persona en una supuesta Trinidad. Lamentablemente, la doctrina no bíblica de la Trinidad ofusca la enseñanza bíblica de que Dios es una familia, una familia que, como veremos, ¡es nuestro destino final!

Cómo entender la ‘imagen de Dios’

“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (Génesis 1:27).

En el primer capítulo del primer libro de la Biblia, donde se menciona por primera vez al hombre, se encuentra indeleblemente grabado el propósito para la vida humana: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza . . .” (Génesis 1:26).

Dios creó todos los seres vivos que existen en los reinos vegetal y animal, cada uno “según su género” (vv. 11-12, 21, 24-25); pero los seres humanos, como claramente se nos dice en el versículo 26, fuimos creados según el género *de Dios*. La imagen de Dios es lo que hace al hombre un ser único dentro de la creación física. Esto es lo que hace a todos los hombres, mujeres y niños verdaderamente humanos.

Nuestro Creador anunció primeramente su gran propósito y luego lo llevó a cabo: “Y Dios creó al ser humano *a su imagen*; lo creó a imagen de Dios. Hombre y mujer los creó” (v. 27, NVI). El capítulo 1 se centra en el propósito básico de la vida humana, mientras que el capítulo 2 nos proporciona datos importantes. Estos dos capítulos iniciales se complementan mutuamente.

Creados para gobernar

Después de expresar su magnífico plan de crear al hombre a su propia imagen, Dios dijo: “Y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra” (Génesis 1:26).

Luego, cuando creó a los dos primeros seres humanos (hombre y mujer) a su imagen, confirmó su intención y aclaró que la descendencia de ellos formaba

parte de este maravilloso plan: “Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra” (v. 28).

Dios creó a la familia humana para que creciera y se esparciera hasta que finalmente llenara toda la tierra. El propósito para la humanidad revelado desde el principio fue que tuviera dominio sobre la creación física; y, a la larga, más allá de este planeta. Dios *gobierna* todo lo que crea, y el propósito final de la vida humana tiene que ver con el *gobierno compartido* en la única familia divina.

Pero empezamos en pequeño. Primero aprendemos a gobernarnos y disciplinarnos *a nosotros mismos*. Luego aprendemos a colaborar con otros y a manejar apropiadamente las circunstancias en las que nos encontremos.

¿Qué es la imagen de Dios?

En la Biblia no se define explícitamente el significado de “la imagen de Dios”. En cierto sentido es un misterio; sin embargo, los misterios y secretos *clave* de la Biblia pueden ser aclarados por aquellas personas a las que Dios llama, porque a éstas les revela su verdad.

Como dijo Jesús: “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las *revelaste* a los niños” (Mateo 11:25). La verdad de Dios sólo proviene de él por revelación, no de la sabiduría humana. Sin embargo, ciertos principios de sentido común pueden ayudarnos a entender mejor la Biblia.

Como ya hemos mencionado, algunos pasajes de la Biblia pueden entenderse mejor si tenemos en cuenta su contexto. En Génesis 5 se habla nuevamente de la *imagen y semejanza* de Dios. Al leer los primeros versículos, empezamos a comprender más su significado. “Esta es la lista de los descendientes de Adán. Cuando Dios creó al hombre, lo hizo *parecido* a Dios mismo; los creó hombre y mujer, y les dio su bendición. El día en que fueron creados, Dios dijo: ‘Se llamarán hombres’” (vv. 1-2, Versión Popular).

En el aspecto humano, la genealogía de este capítulo se extiende desde Adán hasta Noé y sus tres hijos, lo que abarca un período de más de 1600 años. Pero *en realidad* empieza con el Creador mismo. En la genealogía de Cristo registrada en el Evangelio de Lucas, éste menciona a Adán como “hijo de Dios” (Lucas 3:38).

Más adelante Pablo escribió que somos “linaje de Dios” (Hechos 17:29). Nosotros procedimos de Dios, *no* de la manera en que fueron creados los animales terrestres y marinos. Ellos *no* fueron hechos a la imagen de Dios. ¡Los seres humanos sí lo fuimos! Para dejar esto bien claro, Dios incluyó el término “semejanza”. ¿Qué quiere decir esto?

Una vez más, el contexto nos ayuda. Este es quizá el principio más importante para guiar los estudios bíblicos y fácilmente el que más se utiliza mal.

Continuando con la genealogía leemos: “Y vivió Adán [el primer hombre, 1 Corintios 15:45] ciento treinta años, y engendró un hijo *a su semejanza*, conforme a su imagen, y llamó su nombre Set” (Génesis 5:3).

Teniendo en cuenta el contexto de los versículos 1 y 2, ¿a qué conclusión podemos llegar por lo que leemos en el versículo 3? Es razonable suponer que, aunque Dios es espíritu y no carne (Juan 4:24), el hombre se asemeja bastante a su Creador, lo mismo que Set se asemejaba a Adán su padre.

¿Cómo somos hechos a la imagen de Dios?

¿Están hechos los hombres, las mujeres y los niños en alguna otra forma a la imagen de Dios? Pensemos en el don mismo de la vida. El Creador sopló en la nariz del hombre el aliento de vida (Génesis 2:7). Obviamente, existe una tremenda diferencia entre estar vivo y estar muerto.

¿Qué tan grande es el abismo que separa al hombre del animal en cuanto a tener conciencia del mundo a su derredor? Reflexionemos acerca de nuestra facultad de imaginar, de pensar de manera sucesiva en palabras e imágenes. La increíble capacidad de imaginación y pensamiento abstracto que tiene el hombre, aunque muchas veces mal empleada, es un aspecto muy importante de haber sido creados a la imagen de Dios. Nuestro Hacedor tiene imaginación y nosotros también imaginamos. Cuando la torre de Babel estaba siendo construida, Dios dijo: “Todos forman un solo pueblo y hablan un solo idioma; esto es sólo el comienzo de sus obras, y todo lo que se propongan lo podrán lograr” (Génesis 11:6, NVI). ¡Qué fantástica declaración acerca de nuestro potencial humano expresada por el Creador mismo!

El lenguaje y la capacidad para comunicarse son otros aspectos muy importantes de la imagen de Dios. Los hombres, las mujeres y los niños tienen esta preciosa facultad para el lenguaje en una forma extraordinaria. Adán y Eva la tenían desde que fueron creados.

El escritor Steven Pinker dice: “El lenguaje no es una invención cultural más de lo que es el andar erecto . . . El lenguaje es una magnífica cualidad única del Homo Sapiens . . . Desde el punto de vista científico, la complejidad de los lenguajes es parte de nuestra herencia biológica” (*The Language Instinct* [“El instinto del lenguaje”], 1994, pp. 18-19).

La facultad lingüística de Adán y su aptitud mental eran tan grandes que pudo darles nombre a todos los animales (Génesis 2:19). Y se supone que les dio nombres antes desconocidos. En la teoría de la evolución se presenta al hombre primitivo como capaz de emitir sólo gruñidos. ¡Cuán contrario a la verdad de Dios!

Nuestros primeros padres entendieron el principio de causa y efecto: los resultados previsibles de las acciones tomadas en el presente. Aunque la serpiente

le dio a Eva información errónea y letal, ella podía discernir los posibles efectos de futuros hechos. Ella pensó que comer del fruto prohibido la haría tan sabia como Dios y permitiría que viviera por siempre.

Pero lo que a Eva le faltaba era la percepción *moral* para sopesar las implicaciones de sus actos, en particular cómo les afectarían a los descendientes de Adán y ella.

¿Todavía a la imagen de Dios?

La mayoría de nosotros estamos conscientes de los trágicos sucesos que empezaron en el huerto del Edén: cómo Adán y Eva pecaron y fueron expulsados del paraíso y cómo desde entonces fue multiplicándose a lo largo de los siglos la constante desobediencia a la ley de Dios hasta que hubo un solo hombre justo en toda la tierra, el patriarca Noé.

Por medio de la Biblia aprendemos que el pecado mundial puede acarrear destrucción mundial. Así, sólo el justo Noé y su familia fueron salvados del diluvio en una gran nave construida según las indicaciones que Dios le dio. Nuestro Creador decidió empezar de nuevo con Noé y su descendencia.

Pero, para restringir la inclinación del hombre a la violencia, Dios estableció la pena de muerte, que sería aplicada bajo ciertas circunstancias que más adelante serían ampliadas cuando la ley estuviera oficialmente codificada (Génesis 9:5).

Tengamos en cuenta la situación que dio lugar a esta medida. Después del juicio del diluvio, Dios renovó el género humano (v. 7), y pronto empezó una nueva era en la historia del hombre. En ese tiempo Dios le recordó al hombre la fantástica herencia que le había dado: “El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada; porque a imagen de Dios es hecho el hombre” (v. 6).

No obstante la degradación a que había llegado la conducta del ser humano, Dios había creado a todos esos hombres, mujeres y niños a su propia imagen y semejanza, y a su debido tiempo llevaría a cabo su maravilloso plan de salvación. A los ojos de Dios, era como si la redención por medio del sacrificio de Jesucristo ya estuviera cumplida. En Apocalipsis 13:8 leemos que el “Cordero”, Jesús, “fue inmolado desde el principio del mundo” (comparar con 1 Pedro 1:20), aunque el hecho mismo no se realizó hasta miles de años después.

Aunque la humanidad no había vivido a la altura de su maravillosa herencia de haber sido hecha a la imagen de Dios, sino que siempre ha desobedecido las normas divinas (“por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”, Romanos 3:23), nuestro Creador no dejará de cumplir su maravilloso plan para la humanidad.

Participantes de la naturaleza divina

“Así Dios nos ha entregado sus preciosas y magníficas promesas para que ustedes . . . lleguen a tener parte en la naturaleza divina” (2 Pedro 1:4, NVI).

En capítulos anteriores analizamos pasajes que hablan sobre la definición bíblica de la naturaleza misma de Dios. No obstante, ningún conocimiento tiene validez alguna si no se pone en práctica. Saber y creer que Dios existe no nos es de gran ayuda si continuamos comportándonos como si no existiera. En Santiago 2:19 se nos dice que “también los demonios creen, y tiemblan”.

Analícemos ahora otro aspecto muy importante de este asunto: cómo se relaciona Dios con su creación humana y lo que quiere que logremos espiritualmente con su ayuda.

No nos olvidemos de que Jesús es el mediador entre Dios y los hombres, y también el autor de nuestra salvación (1 Timoteo 2:5; Hebreos 2:10). Es a quien el Padre asignó para que nos ayudara a eliminar la gigantesca separación que existe entre la falibilidad humana y la asombrosa perfección que hay en ellos. Se nos ha dicho que lleguemos a ser perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto (Mateo 5:48). De hecho, se nos da la meta de llegar a ser imagen de su madurez espiritual.

Debemos llegar, en todo el sentido de la expresión, a “*tener parte en la naturaleza divina*” (2 Pedro 1:4, NVI) a fin de que nuestro comportamiento refleje *el carácter de Dios mismo*. Esto tiene que ver con el propósito de nuestra existencia.

La imagen de Dios en el Nuevo Testamento

En Génesis 9:6 se confirma el hecho de que, a pesar de que la maldad ha-

bía invadido el mundo del hombre, los hombres, mujeres y niños continuaron llevando la “imagen de Dios”. Miles de años después, los apóstoles de Cristo corroboraron esta enseñanza bíblica fundamental.

En el Nuevo Testamento se reafirma que los seres humanos continúan llevando la imagen de Dios (Santiago 3:9; 1 Corintios 11:7). Pero lo que es aún más importante para nuestra salvación, Jesús mismo es “*la imagen del Dios invisible*” (Colosenses 1:15; comparar con 2 Corintios 4:4). Debido a que el pecado ha desfigurado tremendamente la imagen de Dios en nosotros, la creación

Jesucristo: Un Sumo Sacerdote misericordioso

¿Qué es lo que Jesús hace ahora? ¿Cuál es una de sus más importantes responsabilidades? ¿Cómo está sirviendo a sus hermanos y hermanas en la tierra?

Recordemos que Cristo es el mediador entre Dios y los hombres (1 Timoteo 2:5). Uno de los asuntos más importantes en el libro de los Hebreos es mostrar cómo desempeña Cristo su cargo como nuestro Sumo Sacerdote, cómo está llevando “muchos hijos [e hijas] a la gloria” (Hebreos 2:10).

Muchas personas que se consideran cristianas confían en una falsa “gracia” que sencillamente es usada como un permiso para pecar, porque no va unida a un arrepentimiento verdadero, ni a la obediencia, ni a la superación. Al parecer, son muchas las personas que saben poco o nada acerca del cargo que ahora tiene Cristo como nuestro Sumo Sacerdote.

Los pasajes más importantes

“Por eso era preciso que en todo se asemejara a sus hermanos [el Verbo fue hecho carne, Juan 1:14], para ser un sumo sacerdote fiel y misericordioso al servicio de Dios, a fin de expiar los pecados del pueblo” (Hebreos 2:17, NVI).

El pecado ha hecho un daño terrible a la humanidad. “El pecado es infracción de la ley” (1 Juan 3:4). El pecado nos separa de Dios

(Isaías 59:1-2) y puede privarnos de nuestro galardón eterno. Es el enemigo implacable de cada ser humano y tiene que ser vencido. Esto no es fácil, y nunca lo ha sido.

Pero Cristo sabe lo que es tener naturaleza humana, ser tentado a pecar, ser tentado a infringir la ley espiritual de Dios, “pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Hebreos 2:18).

Jesús siempre hizo lo que tenía que hacer para rechazar los impulsos carnales y las tentaciones del pecado. Nunca los subestimó. Oraba y ayunaba, pero principalmente confiaba en su Padre y buscaba constantemente su ayuda.

Al no haber infringido jamás la ley de Dios, él “condenó al pecado en la carne” (Romanos 8:3). Pero en nuestro caso el pecado nos ha engañado, y nuestra meta más importante como cristianos es aprender cómo salir de ese fango. Pero no podemos hacerlo sin la ayuda de nuestro Salvador, quien claramente nos dice: “Separados de mí, nada podéis hacer” (Juan 15:5).

Leamos Hebreos 4:14-16: “Por lo tanto, ya que en Jesús tenemos un gran sumo sacerdote que ha atravesado los cielos, aférrmonos a la fe que profesamos. Porque no tenemos un sumo sacerdote incapaz de

de la semejanza espiritual —el carácter— de Dios tiene que lograrse por medio de Jesucristo.

Es el justo y perfecto Cristo quien justifica a aquellos que han pecado y se han acarreado la pena de muerte (Romanos 6:23). El apóstol Pablo escribió: “Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él; si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe . . .” (Colosenses 1:21-23).

compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que ha sido tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado. Así que acerquémonos confiadamente al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar la gracia que nos ayude en el momento que más la necesitemos” (NVI).

Cristo es el autor y capitán de nuestra salvación, “por lo cual puede salvar también perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25). Él está sentado a la diestra del Padre “para presentarse ahora por nosotros ante Dios” (Hebreos 9:24).

¿Qué debemos hacer cuando pecamos?

Los cristianos debemos luchar contra el pecado y aprender a vencerlo con la ayuda e intervención de Cristo. Pero vencer el pecado lleva mucho tiempo, durante el cual fallamos muchas veces, más de las que estamos dispuestos a reconocer. En el Salmo 130 se preguntaba: “Si tú, SEÑOR, tomaras en cuenta los pecados, ¿quién, SEÑOR, sería declarado inocente?” (v. 3, NVI).

Las palabras del apóstol en 1 Juan 1:7-9 también deben alentarnos grandemente: “Si andamos en luz, como él [el Padre] está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado [que no tenemos nada que vencer], nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos *nuestros pecados* [a Dios], él es fiel y justo

para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. En Proverbios 24:16 se nos dice que “siete veces podrá caer el justo, pero otras tantas se levantará” (NVI).

No obstante, esta hermosa verdad *no* es un permiso para pecar. El mismo apóstol nos advierte: “Mis queridos hijos, les escribo estas cosas para que no pequen. Pero si alguno peca, tenemos ante el Padre a un intercesor, a Jesucristo, el Justo” (1 Juan 2:1, NVI).

Aquí Juan reitera la misma verdad expresada en el libro de Hebreos, una verdad que la mayoría de quienes se consideran cristianos no entienden. Pocas veces llega a escucharse desde un púlpito. Muchos ni siquiera entienden qué es el pecado. Otros no quieren hablar del pecado para no hacer sentir mal a la gente. Lamentablemente, muchísimas personas en la cristiandad suponen erróneamente que sólo tienen que regocijarse porque Cristo vino a salvarnos de nuestros pecados, sin que nosotros tengamos que hacer nada para vencer el pecado con la ayuda de Dios.

El apóstol Pablo corrobora la maravillosa verdad de que “Cristo Jesús es el que murió, e incluso resucitó, y está a la derecha de Dios e *intercede por nosotros*” (Romanos 8:34, NVI). Tanto el Padre como el Hijo están ocupados diligentemente en cumplir su propósito de *llevar a otros a la familia divina*. Esto es lo que Dios le ofrece a usted. ¿Está dispuesto a arrepentirse y a aceptar este gran llamado? ¿O se aferrará a los conceptos históricos que a la luz de la palabra de Dios resultan falsos? La decisión es suya. □

Paso a paso

Aunque no hemos vivido a la altura de nuestro asombroso potencial humano, Cristo —quien refleja “la imagen de Dios” mucho más que nosotros— nos abre el camino para reconciliarnos con el Padre. Este es el único medio por el cual podemos alcanzar la inmensa meta de reflejar el carácter de Dios en nuestras vidas.

La salvación es un proceso que toma tiempo. Avanzamos espiritualmente paso a paso. El primer paso es un verdadero y genuino *arrepentimiento* de nuestros pecados, aceptando completamente la sangre de Cristo como pago por nuestras infracciones de la ley espiritual de Dios.

La naturaleza y el carácter de Dios

Al abordar el tema de qué o quién es Dios, no debemos olvidarnos de la verdad más importante acerca de él: que Dios el Padre y Jesucristo son seres que poseen infinito amor. El apóstol Juan resumió perfectamente la naturaleza y el carácter divinos de ambos al escribir que “Dios es amor” (1 Juan 4:8, 16).

El amor de Dios es generoso y busca continuamente el bien de otros. Cuando Dios permitió que Moisés viera algo de su gloria, se le reveló como el “Dios clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor y fidelidad, que mantiene su amor hasta mil generaciones después, y que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado” (Éxodo 34:6-7, NVI).

El amor es el cimiento del carácter y la ley de Dios. Es la raíz de todo lo que Dios le ha revelado a la humanidad en las Sagradas Escrituras (Mateo 22:35-40). El apóstol Pablo consideró el amor como la virtud cristiana “más excelente” (1 Corintios 13:13, NVI). Es el primer aspecto del fruto del Espíritu de Dios que mencionó (Gálatas 5:22). En Colosenses 3:14 escribió que el amor es el “vínculo perfecto”; es lo que proporciona la unión perfecta de todo. Es el cumplimiento de la ley de Dios (Romanos 13:10).

Esta asombrosa virtud comprende hasta el amor a nuestros enemigos (Mateo 5:44-45; Lucas 6:35).

Una vez que nos arrepentimos, podemos empezar a mostrar esta clase de amor por medio del Espíritu Santo. Dios quiere que aprendamos a pensar como él piensa y a obrar como él obra.

Cuando practicamos esa clase de amor, mostramos la imagen de Dios (reflejamos su carácter), aunque todavía somos humanos. El apóstol Pablo nos dice que nuestra actitud “debe ser como la de Cristo Jesús” (Filipenses 2:5, NVI), en quien se personificó el amor de Dios a grado tal que dio su propia vida por nosotros.

En uno de los pasajes más conocidos de la Biblia se nos dice que “tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16, NVI). Dios no sólo quiere darnos el inapreciable don de la vida eterna, sino que también quiere compartir con nosotros todas las cosas como miembros de su familia divina (Hebreos 2:6-8; Romanos 8:16-17). Vez tras vez en las Escrituras se nos revela que en Dios se personifica perfectamente el amor. □

El siguiente gran paso es el bautismo, seguido de la imposición de manos de los ministros de Dios. Esto representa el comienzo formal de una vida de lucha constante contra el pecado con la ayuda de nuestro gran Sumo Sacerdote Jesucristo. De allí en adelante, si seguimos el ejemplo de Cristo y vencemos nuestra naturaleza humana, lograremos nuestra salvación final en el Reino de Dios. (Para una mejor comprensión de estos importantes pasos espirituales, no deje de solicitar estas tres publicaciones gratuitas: *Transforme su vida: La verdadera conversión cristiana*, *El camino hacia la vida eterna* y *Usted puede tener una fe viva*.)

Si damos estos pasos, y continuamos creciendo en gracia y conocimiento, manteniéndonos fieles hasta el fin, Dios cumplirá el paso final al resucitarnos a la vida eterna. Como lo explica el apóstol Pablo en 1 Corintios 15:21-22: “Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre [Cristo] la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados”.

Los humanos somos seres incompletos, una especie aún no terminada. No obstante, la vida eterna puede ser nuestra si cambiamos nuestra vida y constantemente nos presentamos ante el trono de gracia en busca de la ayuda espiritual que tan urgentemente necesitamos. Nuestro Abogado y Sumo Sacerdote siempre está dispuesto a ayudarnos cuando tropezamos y caemos (1 Juan 1:7-9; 2:1-2). Ningún ser humano puede obtener la salvación sin aprovechar constantemente la gracia de Dios por medio del sacrificio redentor de Jesucristo.

Aunque Dios nos creó como seres físicos, de carne y hueso, nos dio el potencial de llegar a ser finalmente espíritu como él es espíritu. Así lo dice la Biblia. Pablo continúa: “Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán [Cristo], *espíritu* vivificante . . . El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre [Cristo], que es el Señor, es del cielo . . . Y así como hemos traído la imagen del terrenal, *traeremos también la imagen del celestial*” (1 Corintios 15:45-49).

Es más, como hemos visto, Cristo es la imagen del Padre. Así, pues, seremos la misma clase de seres que son el Padre y Cristo; no seremos sólo seres espirituales creados, como los ángeles, sino que seremos seres divinos nacidos del espíritu y parte de los *Elohim*, ¡la familia de Dios que gobierna el universo!

Cuando entendemos correctamente las Escrituras, podemos ver esta verdad repetida una y otra vez en la Biblia. Dios promete que los verdaderos cristianos tendrán su imagen en todo el sentido de la palabra. Esta promesa aparece en diferentes maneras en el Nuevo Testamento, pero una de las más alentadoras es la que encontramos en Romanos 8:29: “Porque a los que antes conoció [Dios], también los predestinó para que fuesen hechos *conformes a la imagen de su Hijo*, para que él sea el *primogénito entre muchos hermanos*”.

Cristo es el pionero de nuestra salvación. Él fue primero y conoce el camino. Nos asegura que muchos lo acompañarán en su gloria divina. Pero somos nosotros quienes tenemos que esforzarnos y procurar hacer firme nuestra vocación y elección (2 Pedro 1:3-10).

Cómo lograr nuestro asombroso potencial

Es el “nuevo hombre”, en nuestra mente y corazón, que vive *espiritualmente* en la imagen de Dios ahora (Efesios 4:22-24; Colosenses 3:10). Es esta transformación interna la que finalmente nos llevará a nuestro cambio absoluto y definitivo a una imagen completa de Dios. Empero, nadie puede lograr por sí solo este cambio de carácter. Jesús dijo: “. . . separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5). La imagen espiritual de Dios sólo puede ser renovada en nosotros por medio de la presencia viva de Cristo en nuestras vidas.

En uno de los pasajes más inspiradores del Nuevo Testamento, el apóstol Pablo escribió: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

Nuestro destino final es una vida abundante, inmortal en el Reino de Dios como parte de la familia divina. Eso es lo que Cristo hizo posible (Juan 10:10) y por eso Dios nos creó a su imagen. Por eso es tan importante comprender la verdad acerca de la naturaleza de nuestro Hacedor.

Juan escribió: “¡Fíjense qué gran amor nos ha dado el Padre, que se nos llamó hijos de Dios! . . . Queridos hermanos, ahora somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que habremos de ser. Sabemos, sin embargo, que cuando Cristo venga *seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es*” (1 Juan 3:1-2).

Por último, Pablo también deja claro que los creyentes son “hijos de Dios” y “herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Romanos 8:16-17). Y enseguida agrega que “las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (v. 18).

En otras palabras, lo que este apóstol dice es que en la resurrección los verdaderos seguidores de Cristo estarán en el mismo plano de existencia del Padre y del Hijo; habrán sido transformados en la misma clase de seres que son ellos. Aunque parezca increíble, este es el asombroso potencial de *toda* la humanidad; y aunque seremos millones o hasta miles de millones, estaremos en perfecta unión como uno solo. Porque en ese trascendental tiempo todos participaremos plenamente de la naturaleza divina; ¡seremos miembros de la familia misma de Dios por la eternidad! □

Índice de referencias bíblicas

Génesis	19:7-8 27	11:29-30 31-32
1:1 7	45:6 11	12:7-8 32
1:11-12, 21, 24-27 49	45:7 47	12:50 47
1:26 6, 7, 12, 26, 49	73:11 27	14:33 32
1:27 49	110:1 13	16:13, 16, 17 32
1:28 50	110:1, 4 30	17:6 4
2:24 15, 19	130:3 55	17:22 31
2:7 51	Proverbios	18:6-14 34
2:19 51	24:16 55	18:10 36
3:22-24 26	Eclesiastés	19:28 32
5:1-2 50	5:1-2 4	22:35-40 56
5:1-3 51	Isaías	22:36-38 19
6:5-9, 11-13 28	6:1-5 3-4	22:41-46 24
9:5-7 52	9:6 31	25:1-10 47
9:6 53	9:6-7 14	26:29 39
11 28	11:2 46	26:39 48
11:6 19, 51	46:9-10 1	26:45 31
11:6-7 27	53:2 29	28:19 42
14:18-20 30	53:3 31	Marcos
18 39	57:15 3, 38	2:27-28 32
49:10 28	59:1-2 54	9:31 31
Éxodo	Ezequiel	10:8-9 15
3:13, 14 24	1:28 4	12:28-30 19
3:14-15 25	Daniel	12:29 15
6:2-3 23	10:8-9 4	13:32 48
24:9-10 35-36	7:9 13	14:41 31
33:18-23 35	7:9-14 48	15:34 48
34:6 25	7:10, 13, 14 14	16:12 38
34:6-7 56	Miqueas	Lucas
Números	3:8 45	1:32 28
12:8 35	Zacarías	1:35 45
Deuteronomio	4:6 45	1:35-36, 57-60 22
6:4 15, 18	Mateo	3:31, 33 28
6:4-5 19	1:20 47	3:38 50
32:4 25	3:11 46	4:4 20
Jueces	3:16 47	4:14 45
20:1, 8, 11 20	4:4 27	5:4-8 4
2 Samuel	4:8-10 27	6:5 32
23:1-2 13	5:44-45 56	6:35 56
1 Crónicas	5:48 53	6:35-36 33
5:2 28	6:9-10 33	10:21 30
17:13 11	10:29-31 33	12:32 23
Job	10:32-33 47	22:32 34
42:1-6 3	11:25 30, 36, 50	24:31 38
Salmos	11:25-27 47	24:37, 39-40 39-40
2:7 11	11:27 12, 25, 33	24:42-43 39

Juan	16:7 44	13:10 56
1:1 18, 22, 23, 31, 35	16:12-13 35	15:19 46
1:1-3 7, 22	17:3, 11 17	1 Corintios
1:3 26	17:5 9, 38	1:3 47
1:11 28	17:17 41	2:9-10 2
1:14 7, 12, 18, 22, 23,	17:20-21 19	2:9-16 46
..... 25, 39, 54	17:20-23 19	8:4 15
1:18 12, 25, 36	17:24 8	8:6 20, 48
1:29-30 22-23	18:35 28	10:1-4 25
3:3-8 14	20:1-2, 14-16 37	11:3 10
3:13 24	20:17 38	11:7 54
3:15-17 28	20:20, 26-28 38-39	12:4-6, 12, 13 16
3:16 56	20:30-31 40	12:13 17, 47
3:17, 34 24	20:31 32	12:14, 20 16-17
4:9 28	21:1, 9, 15-17 39	12:27 17
4:14 47	21:24 40	13:13 56
4:23-24 36	Hechos	15:21-22 57
4:24 13, 51	1:8 45	15:27-28 9
4:34 19, 24	2:2-3 47	15:28 12
5:18, 22 48	2:4 46	15:45 40, 51
5:26 23, 24, 39	2:17, 33 46	15:45, 47 38
5:30 19, 24, 29	2:22 29	15:45-49 57
5:37 13, 25, 36	2:29-30 28	15:50 37
6:38 24	2:30 13, 25	15:50-51 14
6:45-46 36	2:34-36 13	15:50-54 17
6:46 25	2:38 42	2 Corintios
7:37-39 46, 47	7:55-56 48	1:2 47
8:14 23	8:14-17 42	1:22 47
8:23 24	10:38 45, 47	4:4 54
8:28 25	10:41 39	5:5 47
8:53, 56-58 23	10:45 46	5:9-10 4
8:58 24	13:27 23	5:17 12
10:10 58	14:22 27	12:4 4
10:29 10	17:29 50	13:14 48
10:30 17, 19, 20	19:1-6 42	Gálatas
11:25 37	Romanos	2:20 45, 58
12:49-50 25	1:3-4 32	3:28 16
13:7 35	1:7 47	4:19 12
14:6, 7, 9 34	1:20 20	5:22 56
14:7-9 35	3:10, 17 31	Efesios
14:9 33, 36	3:23 31, 52	1:13-14 47
14:10 29	6:23 55	1:13-14, 17 46
14:16-17 35	8:3 54	1:22-23 16
14:16, 26 44	8:9 47	3:5 46
14:23 45	8:14 17, 41, 47	3:9 26
14:26 46, 47	8:16-17 56	3:14-15 11, 17, 42
14:28 10	8:16-18 58	3:15 41
15:5 54, 58	8:29 12, 17, 57	4:4 47
15:26 44, 47	8:34 55	4:22-24 58

4:24 12	Hebreos	1:4 42, 45, 47, 53
5:18 46	1:1 26	1:21 46
Filipenses	1:1-2 25	3:9 33
1:19 47	1:1-3 9	1 Juan
2:5 56	1:2-3 34	1:1 39
2:5-8 9	1:3 37	1:1-3 7-8
2:6-8 29	1:8 18	1:3 48
3:20-21 17	1:5, 8 11	1:7-9 55, 57
3:21 37	1:7, 8 14	2:1 55
Colosenses	2:6-8 56	2:1-2 57
1:15 13, 54	2:10 12, 53, 54	3:1-2 17, 41, 58
1:16 8-9, 23, 26	2:17, 18 54	3:2 12
1:21-23 55	4:14-16 54-55	3:4 54
3:10 58	4:15 29	4:3 29
3:14 56	6:4 46	4:8, 16 56
1 Tesalonicenses	7:1-3 31	4:12 25
4:16-17 17	7:14 28	5:7-8 43-44
5:19 46	7:25 55	2 Juan
1 Timoteo	8:1 24, 30	7 29
2:5 15, 25, 29, 30, 53, 54	9:24 55	Apocalipsis
3:16 46	10:12 30	1:17 4
4:14 46	12:2 24, 30	2:26 17
6:14-16 5	13:8 25	3:14 8
2 Timoteo	Santiago	3:21 17
1:6 46	1:18 17, 23	4-5 48
1:7 45	2:19 53	5:5 28
2:8 28	3:9 54	7:10 48
3:16 20	1 Pedro	13:8 52
Tito	1:20 52	20:4-6 14
3:5 46	2:22 29	21:1, 3, 22 48
3:5-6 47	2 Pedro	21:7-8 17
	1:3-10 58	

Si desea más información

Este folleto es una publicación de la Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*. La iglesia tiene congregaciones y ministros en México, Centro y Sudamérica, Europa, Asia, África, Australia, Canadá, el Caribe y los Estados Unidos.

Los orígenes de nuestra labor se remontan a la iglesia que fundó Jesucristo en el siglo primero, y seguimos las mismas doctrinas y prácticas de esa iglesia. Nuestra comisión es proclamar el evangelio del venidero Reino de Dios en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, enseñándoles a guardar todo lo que Cristo mandó (Mateo 28:18-20).

Consultas personales

Jesús les mandó a sus seguidores que apacentaran sus ovejas (Juan 21:15-17). En cumplimiento de esta comisión, la Iglesia de Dios Unida tiene congregaciones en muchos países, donde los creyentes se reúnen para recibir instrucción basada en

las Sagradas Escrituras y para disfrutar del compañerismo cristiano.

La Iglesia de Dios Unida se esfuerza por comprender y practicar fielmente el cristianismo tal como se revela en la Palabra de Dios, y nuestro deseo es dar a conocer el camino de Dios a quienes sinceramente buscan obedecer y seguir a Jesucristo.

Nuestros ministros están disponibles para contestar preguntas y explicar la Biblia. Si usted desea ponerse en contacto con un ministro o visitar una de nuestras congregaciones, no deje de escribirnos a nuestra dirección más cercana a su domicilio.

Absolutamente gratis

No solicitamos donativos al público. Sin embargo, gracias a la generosidad de los miembros de la Iglesia de Dios Unida y de otros colaboradores que voluntariamente respaldan nuestra labor, podemos ofrecer todas nuestras publicaciones gratuitamente. ☐

Puede enviar sus comentarios, preguntas o solicitudes a cualquiera de estas direcciones:

Bolivia: Casilla 8193 • Correo Central • La Paz

Chile: Casilla 10386 • Santiago

Colombia: Apartado Aéreo #246001 • Bogotá

Estados Unidos: P.O. Box 541027 • Cincinnati, OH 45254-1027

Honduras: Apartado Postal 283 • Siguatepeque, Comayagua

Sitios en Internet: www.ucg.org/espanol
www.unidamexico.mx
www.unidachile.cl

Correo electrónico: info@ucg.org